ANALISIS CULTURAL DE LA LEYENDA DEL PATETARRO

FRANCISCO FABIANY MOLINA BUSTOS
MAGISTER EN TERRITORIO, CONFLICTO Y CULTURA

PREFACIO

Las leyendas populares constituyen un patrimonio inmaterial que, más allá de su función narrativa, se erige como un recurso estratégico para la configuración de identidades colectivas y el desarrollo económico local. En este sentido, la leyenda del *Patetarro* en Colombia no solo preserva elementos simbólicos y expresiones culturales heredadas, sino que también revela un potencial significativo para la dinamización turística y la creación de productos culturales con valor agregado. El presente trabajo se adentra en un análisis académico del papel del mito como motor para la generación de actividades productivas, bienes artesanales, festivales y otras manifestaciones creativas que pueden contribuir a la acumulación de capital y a la diversificación económica de las comunidades que lo mantienen vivo.

El interés por estudiar el *Patetarro* desde una perspectiva económico-cultural responde a la necesidad de comprender cómo las tradiciones orales, usualmente ancladas en la ruralidad y en imaginarios colectivos, pueden transformarse en activos dentro de un mercado global cada vez más ávido de experiencias auténticas y diferenciadas. Como sostienen autores como Bourdieu (1986) y Appadurai (1996), la cultura posee un valor económico cuando se inserta en circuitos de producción, distribución y consumo, en donde la autenticidad se convierte en un atributo mercantil. Así, el mito deja de ser únicamente un relato con función moral o pedagógica, para convertirse en un recurso que, sin perder su esencia, participa de la lógica de la mercantilización.

Esta reflexión parte de reconocer que el patrimonio inmaterial, al ser incorporado en estrategias turísticas o de producción cultural, entra en un proceso de reinterpretación y recontextualización. Desde la teoría de la acumulación de capital de Marx (1867), puede afirmarse que los bienes culturales, aun cuando nacen de prácticas no mercantiles, adquieren una dimensión económica cuando son objeto de producción y venta, generando plusvalía para quienes controlan los medios de producción cultural. En el caso del *Patetarro*, su figura puede inspirar desde

artesanías y souvenirs hasta producciones literarias y escénicas, todo ello articulado a festivales que estimulen la economía creativa local.

Sin embargo, el uso económico de los mitos plantea dilemas éticos y conceptuales. Como advierte Hobsbawm (1983), existe el riesgo de “inventar tradiciones” o de distorsionar los relatos para hacerlos más atractivos al consumo, debilitando su función identitaria. Por su parte, García Canclini (1999) plantea que la hibridación cultural es inevitable en contextos de globalización, y que la clave radica en encontrar un equilibrio entre la preservación del sentido original y la adaptación a las dinámicas del mercado. Este equilibrio es crucial para que el *Patetarro* conserve su valor simbólico al tiempo que se convierte en un motor de desarrollo territorial.

La estructura de este estudio busca integrar una mirada teórica sólida con un análisis empírico sobre las posibilidades de transformar el mito en un activo turístico y cultural sostenible. Se abordan dimensiones relacionadas con la creación de productos derivados, la organización de eventos culturales y la articulación con políticas públicas de turismo y patrimonio. Asimismo, se examina cómo la acumulación de capital a través de estos medios no debe ser entendida únicamente en términos financieros, sino también como un proceso de acumulación simbólica que refuerza el sentido de pertenencia y cohesión social.

El texto invita a considerar que el *Patetarro*, más allá de su carácter fantástico, representa una oportunidad para repensar las economías culturales locales en un marco de respeto, sostenibilidad y participación comunitaria. En un contexto donde la mercantilización de la cultura es inevitable, el reto consiste en convertirla en una herramienta para fortalecer el tejido social y mejorar la calidad de vida, sin vaciar de contenido las narrativas que le dan sentido. Este prefacio, por tanto, no solo introduce un análisis académico, sino que plantea un punto de partida para comprender cómo un mito, al ser gestionado estratégicamente, puede convertirse en un vehículo de desarrollo humano y económico.

FUNCIÓN SOCIAL Y COMUNITARIA

PODER SIMBÓLICO RURAL

La leyenda del *Patetarro*, profundamente arraigada en diversas regiones rurales de Colombia, constituye un elemento narrativo que, más allá de su aparente carácter fantástico, desempeña un papel estructurador en la cohesión social y en la transmisión de valores colectivos. Según las versiones orales, el *Patetarro* es una figura masculina con una pierna desmesuradamente grande o deforme, que merodea en caminos solitarios y zonas boscosas, castigando a quienes transgreden ciertas normas comunitarias, especialmente aquellas ligadas a la honestidad, el respeto por el territorio y las relaciones interpersonales. Esta construcción mítica, heredada de la tradición campesina, funciona como un mecanismo de control social y como un vehículo para reforzar códigos morales. En términos de Émile Durkheim (1912), este tipo de relatos se integra en el entramado simbólico que la sociedad produce para reafirmar su identidad y asegurar la continuidad de su estructura normativa.

La funcionalidad social del *Patetarro* se encuentra en su capacidad para delimitar comportamientos aceptables y no aceptables dentro de una comunidad. El mito actúa como una sanción simbólica: quien desafía las normas –por ejemplo, quienes engañan, roban o muestran irrespeto por los mayores– es susceptible de ser castigado por la criatura. En este sentido, siguiendo a Malinowski (1926), los mitos no son meros relatos, sino cartas de conducta que legitiman y protegen el orden social. La repetición oral de estas historias, en reuniones nocturnas o en faenas colectivas, no solo transmite el relato, sino que refuerza la interiorización de los valores comunitarios y crea un imaginario compartido sobre lo que implica “vivir bien” dentro de la colectividad.

Desde la perspectiva durkheimiana, el *Patetarro* es un hecho social dotado de exterioridad y coerción: no depende de la creencia individual, sino que existe como

una fuerza colectiva que se impone sobre el individuo. Esta presencia imaginaria regula las conductas de forma preventiva, pues genera un marco de temor simbólico que disuade acciones contrarias al orden moral establecido. El mito, así, cumple la función de lo que Durkheim denominaría un mecanismo de "mantenimiento de la solidaridad mecánica", propia de sociedades con vínculos primarios, donde la cohesión se produce a través de creencias y prácticas compartidas.

En el plano identitario, el *Patetarro* también consolida una memoria cultural específica del campo colombiano. Tal como plantea Anderson (1991) en su noción de "comunidades imaginadas", las narraciones colectivas permiten que un grupo humano se conciba como parte de una misma entidad histórica y simbólica, incluso sin un contacto físico constante entre todos sus miembros. El mito del *Patetarro* alimenta un sentido de pertenencia rural y funciona como un marcador cultural frente a lo urbano, donde estos relatos tienden a diluirse. Su conservación y transmisión son, por tanto, actos de resistencia cultural frente a los procesos homogeneizadores de la globalización.

En términos conductuales, el relato interviene en la educación informal de niños y jóvenes, quienes aprenden desde temprana edad que la transgresión puede tener consecuencias no solo sociales, sino sobrenaturales. Siguiendo la teoría de Parsons (1951), los sistemas sociales se sostienen en parte gracias a la internalización de normas y valores que guían el comportamiento, proceso en el que la leyenda actúa como catalizador. En el contexto rural, donde los mecanismos formales de control (policiales o institucionales) pueden ser débiles o distantes, la fuerza del mito se convierte en una herramienta comunitaria eficaz para la regulación social.

La presencia del *Patetarro* en la tradición oral también revela un valor de cohesión simbólica durante los espacios de sociabilidad rural, como las mingas, veladas o celebraciones patronales. Allí, la narración del mito no solo entretiene, sino que reactualiza vínculos sociales, recordando que la identidad colectiva se funda tanto en la experiencia compartida como en el imaginario común. Como señala Geertz

(1973), la cultura es un sistema de significados que se transmite y se interpreta en contextos concretos, y el *Patetarro* constituye uno de esos significados que, aunque mutable, preserva una base estable de sentido moral y comunitario.

Desde un enfoque sociológico y antropológico, la leyenda se erige como un ejemplo de cómo la tradición oral articula control social, preservación cultural e identidad comunitaria. Funciona como una institución simbólica que, sin necesidad de coerción física, modela conductas y orienta la moral colectiva. Al igual que en otros mitos latinoamericanos, su eficacia radica en la combinación de temor y pertenencia: el miedo a la sanción sobrenatural convive con el orgullo de compartir un relato propio de la región.

En definitiva, el *Patetarro* demuestra que los mitos no son simples supersticiones, sino estructuras narrativas que condensan siglos de experiencia social, adaptadas a las condiciones y necesidades del territorio. Siguiendo la lectura de Durkheim, el mito no se agota en el relato, sino que vive en la práctica social: al narrarlo, la comunidad reafirma su cohesión, delimita sus fronteras simbólicas y refuerza los principios que considera esenciales para su supervivencia. De este modo, el *Patetarro* no solo habita en las noches y en los caminos rurales, sino en el tejido mismo de la vida comunitaria, recordando que la palabra y la imaginación son también formas de ley y de memoria colectiva.

DIMENSIÓN ÉTICA RURAL

La leyenda del *Patetarro* ocupa un lugar relevante dentro del patrimonio oral colombiano, especialmente en regiones rurales donde el tejido social se apoya en narrativas colectivas que combinan elementos sobrenaturales con mensajes normativos. Descrita como una figura masculina con una pierna desproporcionada y aspecto intimidante, su aparición suele vincularse con la sanción de conductas indeseadas, como el robo, la deshonestidad o la transgresión de normas comunitarias. Desde una perspectiva sociocultural, el mito se configura como un dispositivo de regulación moral que emplea el temor simbólico para inducir conductas acordes con el orden social. Tal como plantea Lévi-Strauss (1968), las

leyendas operan como estructuras que ordenan la experiencia y orientan la conducta, fusionando lo narrativo con lo normativo.

En el marco de la ética aristotélica, el *Patetarro* puede interpretarse como un recurso pedagógico para cultivar la *phronesis* o prudencia, virtud que permite discernir entre lo correcto y lo incorrecto en la vida cotidiana (Aristóteles, 2004). La figura legendaria, al presentar consecuencias negativas para quienes actúan con desmesura o injusticia, contribuye a la formación del carácter moral a través de ejemplos simbólicos que refuerzan la búsqueda del justo medio. En comunidades rurales, donde la transmisión de valores se realiza principalmente de forma oral e intergeneracional, este tipo de narrativas facilita la internalización de principios éticos sin necesidad de una instrucción formal.

Desde el enfoque kantiano, el valor del mito radica en su capacidad para reforzar el cumplimiento del deber por respeto a la ley moral. Kant (1785/2002) sostiene que una acción es moralmente valiosa no por sus consecuencias, sino por la intención de actuar conforme al deber. En este sentido, el *Patetarro* no solo disuade a través del miedo, sino que promueve un marco de obligaciones internas: ser honesto, respetar a los demás y mantener el orden comunitario. Aunque el relato se sustenta en un elemento fantástico, su función social refleja un imperativo moral que trasciende la mera utilidad, alineándose con la noción kantiana de deber autónomo.

Por su parte, desde la óptica utilitarista de Bentham (1789/2000) y Mill (1863/2007), el mito puede considerarse una herramienta para maximizar el bienestar colectivo. Al prevenir conductas que generan conflictos o daños, el *Patetarro* contribuye indirectamente a reducir tensiones sociales y a mantener la armonía en la comunidad. El temor a una sanción sobrenatural actúa como mecanismo preventivo, disminuyendo la probabilidad de transgresiones y, por ende, incrementando la seguridad y confianza mutua. Bajo este prisma, el mito es un medio eficiente para promover el mayor bien para el mayor número, especialmente en entornos donde los mecanismos institucionales de control pueden ser limitados.

El estoicismo, por su parte, permite comprender el *Patetarro* como un símbolo de la necesidad de vivir en conformidad con la naturaleza y con la razón. Filósofos como Epicteto y Marco Aurelio sostuvieron que las adversidades y los límites, incluso en forma de advertencias externas, sirven para orientar al individuo hacia la virtud y la autodisciplina (Epicteto, 1995). La figura del *Patetarro*, al representar las consecuencias inevitables de actos contrarios al bien común, encarna una forma de recordatorio moral que ayuda a fortalecer el autocontrol y la serenidad, fundamentales en la vida comunitaria.

La funcionalidad social de esta leyenda se evidencia en su triple rol como herramienta de enseñanza, advertencia y moralización. En primer lugar, enseña valores fundamentales de convivencia a través de un relato memorable, cuya fuerza radica en su capacidad para ser transmitido oralmente con variaciones que se adaptan a cada contexto. En segundo lugar, advierte sobre las consecuencias de romper el equilibrio comunitario, utilizando el miedo como un recurso persuasivo. En tercer lugar, moraliza, presentando un modelo narrativo en el que la transgresión es castigada y la virtud protegida, lo que ayuda a consolidar una ética compartida.

Antropológicamente, este mito funciona como un “hecho social total” en el sentido de Mauss (1925), pues articula elementos religiosos, jurídicos, educativos y estéticos. Su persistencia en el tiempo sugiere que no es únicamente una herencia cultural, sino una herramienta activa de socialización. En los contextos donde la oralidad sigue siendo la principal vía de transmisión de saberes, el *Patetarro* adquiere una vigencia particular como regulador simbólico.

En suma, la leyenda del *Patetarro* sintetiza un entramado ético y comunitario en el que convergen la prudencia aristotélica, el deber kantiano, el bienestar utilitarista y la autodisciplina estoica. No se trata únicamente de una historia fantástica, sino de un dispositivo cultural que moldea comportamientos y preserva valores. Al narrarlo, las comunidades no solo recrean un relato, sino que refuerzan los principios que las cohesionan, recordando que la ética no es solo un asunto de normas escritas, sino

también de símbolos vivos que, en su sencillez rural, contienen la profundidad de siglos de reflexión moral aplicada a la vida colectiva.

TRANSMISIÓN ORAL Y CONTINUIDAD GENERACIONAL

HERENCIA ORAL CAMPESINA

La leyenda del *Patetarro* forma parte del acervo oral colombiano, especialmente en áreas rurales donde la memoria colectiva se preserva a través de relatos transmitidos de boca en boca. Este personaje mítico, descrito como un hombre de aspecto intimidante y una pierna desproporcionadamente grande, ha servido como advertencia y mecanismo regulador del comportamiento social. Su circulación no depende de documentos escritos, sino de la narración directa, lo que le confiere una flexibilidad y adaptabilidad propias de las tradiciones orales. Como señala Vansina (1985), la oralidad no solo transmite información, sino que también la reinterpreta a la luz de las necesidades y valores del presente, asegurando la continuidad cultural.

El fenómeno de la transmisión intergeneracional de esta leyenda se inscribe en lo que Hobsbawm y Ranger (1983) denominan “tradiciones inventadas”, entendidas no como falsificaciones históricas, sino como prácticas repetidas que buscan inculcar valores y normas de conducta, estableciendo vínculos con un pasado real o imaginado. En el caso del *Patetarro*, el relato se adapta a los cambios sociales, pero conserva elementos esenciales que permiten reconocerlo como parte de una misma matriz cultural. Esta continuidad se sostiene en las relaciones familiares, donde los mayores cumplen el papel de guardianes de la memoria narrativa.

Desde la teoría de la transmisión cultural, Cavalli-Sforza y Feldman (1981) sostienen que las tradiciones pueden heredarse de forma vertical (de padres a hijos), horizontal (entre miembros de la misma generación) u oblicua (de adultos de una generación a jóvenes que no son sus descendientes directos). El *Patetarro* utiliza principalmente la transmisión vertical, complementada por formas horizontales en espacios comunitarios como veladas, mingas o festividades locales. Estos

contextos favorecen que la leyenda siga presente en la conciencia colectiva, incluso frente a la competencia de medios digitales y narrativas globalizadas.

La persistencia del mito también puede explicarse mediante la noción de “memoria cultural” de Assmann (1992), que refiere a la capacidad de una comunidad para conservar y actualizar relatos significativos a lo largo del tiempo. El *Patetarro*, más que un simple cuento de miedo, es un símbolo de identidad local y una herramienta de cohesión social. Su narración reafirma la pertenencia a un grupo y establece fronteras simbólicas frente a lo externo, permitiendo que cada nueva generación se inserte en una historia común.

La oralidad, como vehículo principal de esta transmisión, posee características que facilitan la pervivencia del mito: flexibilidad para adaptarse a distintos contextos, capacidad para incorporar elementos contemporáneos y fuerza emocional derivada de la interacción directa entre narrador y oyentes. Ong (1982) sostiene que las culturas orales privilegian el carácter performativo de la palabra, donde el acto de narrar es tan importante como el contenido del relato. Esto explica por qué, aunque el *Patetarro* pueda adoptar variaciones en su descripción o en las circunstancias de sus apariciones, su función social esencial permanece.

En las generaciones más jóvenes, la leyenda continúa viva, aunque su presencia sea más fuerte en áreas rurales que en centros urbanos. La escuela, las redes comunitarias y las celebraciones culturales locales actúan como plataformas de reactivación de la narrativa. Incluso en contextos de migración interna, donde las familias se desplazan a ciudades, el *Patetarro* puede reaparecer en reuniones familiares, manteniendo un vínculo con el territorio de origen. Como advierte Halbwachs (1950), la memoria colectiva se reactiva en espacios de sociabilidad donde los recuerdos individuales se alinean con los marcos sociales compartidos.

La continuidad de esta leyenda no está exenta de tensiones. La globalización y la homogeneización cultural pueden desplazar las narrativas locales, pero también ofrecen oportunidades para su revitalización a través de medios audiovisuales y redes sociales, donde los relatos tradicionales encuentran nuevas formas de

circular. Este fenómeno responde a lo que Appadurai (1996) llama “escapes culturales”, en los que lo local y lo global se entrelazan, permitiendo que los mitos tradicionales adquieran nuevos significados sin perder del todo su esencia.

La leyenda del *Patetarro* muestra que la transmisión oral sigue siendo un pilar en la preservación de la identidad cultural rural en Colombia. Su permanencia de generación en generación confirma que los mitos no solo sobreviven por su contenido, sino por la forma en que son compartidos, reinterpretados y vividos colectivamente. Este relato, anclado en la experiencia comunitaria, actúa como un hilo que enlaza pasado y presente, recordando que la continuidad cultural no depende únicamente de la permanencia de las palabras, sino de la voluntad compartida de seguir contándolas y escuchándolas.

ADAPTACIÓN CULTURAL RURAL

La leyenda del *Patetarro*, originaria de regiones rurales de Colombia, es un mito que ha sobrevivido gracias a la transmisión oral, actuando como herramienta de cohesión social, regulación de conductas y preservación identitaria. Tradicionalmente narrada en espacios familiares o comunitarios, esta historia describe a un personaje masculino con una pierna desmesurada y apariencia amenazante, cuya función es castigar a quienes infringen las normas colectivas. Sin embargo, en las últimas décadas, su pervivencia no solo depende del canal oral, sino también de su capacidad de adaptación a nuevos formatos como el cine, la literatura y las redes sociales. Este fenómeno ilustra lo que Cavalli-Sforza y Feldman (1981) denominan “transmisión cultural mixta”, donde la herencia vertical (de padres a hijos) se combina con la horizontal y oblicua a través de medios contemporáneos.

En términos teóricos, la transmisión cultural implica no solo la conservación de contenidos, sino su constante reconfiguración en función de las condiciones sociales y tecnológicas. Assmann (1992) señala que la memoria cultural se mantiene viva porque los relatos se reinsertan en marcos comunicativos actuales. El *Patetarro*, que antes vivía casi exclusivamente en la voz de los ancianos, hoy se reinventa en cortometrajes independientes, adaptaciones literarias de terror y

publicaciones virales en plataformas digitales. Este tránsito demuestra que el mito no es estático, sino dinámico, respondiendo a las lógicas de circulación propias de cada época.

El cine y la literatura han permitido dar al mito una dimensión estética más elaborada, aportando recursos visuales y narrativos que intensifican su impacto. Adaptaciones fílmicas, ya sean documentales o de ficción, incorporan elementos locales como paisajes rurales, música autóctona y testimonios orales para reforzar su anclaje territorial. Según Hobsbawm y Ranger (1983), estas reinterpretaciones mantienen la "tradición inventada" viva, aunque incorporen innovaciones que la alejen de su forma original. En la literatura contemporánea, autores han reescrito la historia del *Patetarro* con enfoques góticos, paródicos o de realismo mágico, conectando con públicos que quizás no hayan escuchado el relato en su versión oral tradicional.

Las redes sociales, por su parte, han acelerado y diversificado su difusión. Plataformas como Facebook, Instagram y TikTok permiten que fragmentos de la leyenda circulen como imágenes, videos cortos o narraciones dramatizadas, adaptadas al lenguaje audiovisual y a la inmediatez de la cultura digital. Ong (1982) advierte que la oralidad secundaria, mediada por tecnologías, conserva ciertas cualidades de la oralidad primaria, como la inmediatez y el vínculo emocional, pero amplía exponencialmente su alcance geográfico. De este modo, un mito rural que antes se transmitía en un radio limitado puede ahora ser conocido por personas en contextos urbanos e incluso internacionales.

Desde la perspectiva del capital social, la adaptación del *Patetarro* a nuevos formatos refleja también transformaciones profundas en las relaciones comunitarias. Bourdieu (1986) define el capital social como el conjunto de recursos ligados a la pertenencia a un grupo y a las redes de relaciones que este genera. Sin embargo, siguiendo a Harvey (2003), cuando este capital social se ve despojado —ya sea por procesos de desarraigo territorial, mercantilización cultural o pérdida de prácticas colectivas—, los relatos que antes eran expresiones vivas de un vínculo

comunitario se convierten en productos culturales consumidos de forma individualizada. La circulación del *Patetarro* en plataformas globales puede fortalecer su visibilidad, pero también implica el riesgo de descontextualizarlo, fragmentando el sentido colectivo que le daba fuerza como hecho social.

Este despojo de capital social se observa cuando la narración deja de ser un acto comunitario para convertirse en un contenido más en la economía digital. Harvey (2003) sostiene que el capital cultural y simbólico puede ser apropiado por lógicas de mercado, desvinculándolo de su base social originaria. Así, si bien un cortometraje o una publicación viral sobre el *Patetarro* pueden revitalizar su estética, no siempre logran reproducir el tejido social que sostenía la leyenda en su versión oral. Esta tensión entre preservación y transformación constituye un reto para la continuidad auténtica del mito.

La teoría de la transmisión cultural advierte que los relatos sobreviven en la medida en que logran integrarse a los circuitos comunicativos de cada generación sin perder sus funciones esenciales. En el caso del *Patetarro*, la adaptación a cine, literatura y redes sociales demuestra una notable resiliencia narrativa, pero también plantea interrogantes sobre su autenticidad simbólica y su capacidad para seguir cumpliendo su rol como regulador moral y elemento identitario.

En última instancia, el *Patetarro* se erige como un ejemplo paradigmático de cómo los mitos rurales pueden navegar entre la tradición y la modernidad, entre la comunidad local y las audiencias globales. Su paso de la fogata campesina a la pantalla digital revela tanto la potencia creativa de la transmisión cultural como las tensiones que emergen cuando el capital social se reconfigura o se erosiona. Narrarlo hoy, en cualquier formato, es también decidir qué aspectos se preservan, cuáles se transforman y cómo se reconstruye el vínculo entre la historia y quienes la comparten, recordando que un mito vive no solo por ser contado, sino por seguir siendo parte de la experiencia colectiva de quienes lo transmiten.

REPRESENTACIÓN SIMBÓLICA

IMAGINARIO RURAL SIMBÓLICO

La leyenda del *Patetarro*, ampliamente difundida en zonas rurales de Colombia, constituye un relato oral que ha trascendido generaciones como mecanismo de control social, enseñanza moral y preservación de identidad. Más allá de su trama narrativa, este mito se sostiene sobre un complejo entramado de elementos simbólicos que articulan animales, objetos y territorios, conformando un universo de significados que la comunidad interpreta y reinterpreta según sus propias referencias culturales. Siguiendo a Barthes (1964), el mito es un sistema de comunicación en el que cada componente narrativo adquiere valor en la medida en que condensa significados colectivos, convirtiéndose en signo y, a la vez, en portador de una ideología.

En el relato del *Patetarro*, el elemento más evidente es la desproporción física de su pierna, que se convierte en un signo icónico de su identidad y en un símbolo de desviación respecto a lo humano. Este rasgo corporal, como plantea Eco (1976) en su teoría de la semiótica general, funciona como un signo visual que condensa un significado cultural: la anormalidad física como metáfora del castigo moral o de la transgresión social. No es solo una característica física, sino un mensaje codificado que advierte sobre las consecuencias de actuar contra el orden comunitario.

En cuanto a los elementos animales, las variantes de la leyenda incorporan, en algunos casos, la compañía de perros negros, aves nocturnas como el búho o incluso la presencia indirecta de ganado, cuyo extravío es atribuido a la acción del *Patetarro*. Los perros y aves, en la simbología rural, están asociados a la vigilancia y a la conexión con lo sobrenatural (Chevalier & Gheerbrant, 1997). Su aparición en el mito refuerza la idea de que el personaje domina un territorio y que sus acciones están ligadas a la protección o la sanción dentro de un espacio social determinado.

Los objetos también desempeñan un papel relevante. En algunas narraciones, el *Patetarro* porta un bastón o garrote, objeto que en el imaginario campesino es signo de autoridad y de capacidad para impartir castigo. En otras versiones, se le atribuye el uso de un sombrero ancho, elemento que remite tanto a la figura del campesino tradicional como a la ocultación de su identidad, símbolo de misterio y de frontera entre lo humano y lo sobrenatural. Estos objetos, analizados desde la semiótica, son signos culturales que funcionan como anclajes visuales, facilitando la memorización y transmisión del mito.

El territorio es otro componente simbólico esencial. El *Patetarro* se ubica en caminos veredales, márgenes de ríos, zonas boscosas y linderos de parcelas. Según Augé (1993), los espacios narrados en mitos y leyendas no son meros escenarios, sino "lugares antropológicos" cargados de significado, donde se inscriben relaciones sociales y memorias colectivas. En este sentido, el territorio del *Patetarro* es un mapa simbólico que delimita el espacio seguro (la comunidad, el hogar) del espacio peligroso (el monte, la noche, lo desconocido).

Desde la perspectiva de las representaciones sociales de Moscovici (1961), el mito del *Patetarro* se configura como un sistema de significados compartidos que permite a la comunidad interpretar y categorizar su realidad. Los elementos simbólicos —animales, objetos, territorios— son esquemas de referencia que, a través de la comunicación oral, se naturalizan y se convierten en parte del sentido común local. Estos símbolos no solo representan la figura mítica, sino que también reafirman valores, límites y jerarquías presentes en la vida cotidiana.

La interacción entre la semiótica y la teoría de las representaciones sociales revela que la fuerza de la leyenda no reside únicamente en su trama, sino en la capacidad de sus símbolos para condensar y transmitir significados colectivos. El *Patetarro* es más que un personaje fantástico: es un nodo de significación en el que confluyen la cultura material, el paisaje y la experiencia comunitaria. Cada animal asociado, cada objeto que porta y cada territorio que recorre son fragmentos de un código

compartido que traduce normas y advertencias en imágenes y relatos accesibles para todos los miembros de la comunidad.

En este sentido, la leyenda funciona como un repertorio simbólico que la comunidad activa para reafirmar su cohesión interna. Su poder reside en que los símbolos que la componen no necesitan explicación explícita: son reconocidos de forma inmediata por quienes comparten el mismo marco cultural. Así, el *Patetarro* y su mundo narrativo constituyen un lenguaje propio, en el que la pierna desmesurada, los animales nocturnos, los objetos campesinos y los paisajes rurales operan como signos que articulan memoria, identidad y moralidad. Al evocarlos, la comunidad reafirma no solo un mito, sino la red simbólica que sostiene su forma de entender el mundo y de transmitírselo a las generaciones futuras.

Arquetipos y Simbolismo

La leyenda del Patetarro en Colombia constituye un entramado narrativo en el que convergen elementos simbólicos que trascienden la mera narración popular para configurar un sistema de significados que refleja la estructura moral, imaginaria y territorial de las comunidades que la preservan. Este personaje mítico, generalmente descrito como un ser monstruoso con una pierna desproporcionada o deformada, se asocia a relatos rurales que advierten sobre peligros concretos —caminar solo de noche, adentrarse en zonas prohibidas, desobedecer las normas comunitarias—, pero también a significados más profundos vinculados con la construcción social de lo prohibido y la vigilancia moral. En este sentido, el mito se erige como un dispositivo narrativo que articula normas, temores y valores, condensando lo que Lévi-Strauss (1958) denominaría “estructuras simbólicas” que permiten comprender el orden cultural desde la lógica interna de sus relatos.

Los elementos simbólicos que aparecen en la leyenda incluyen animales, objetos y territorios que no son arbitrarios, sino que responden a códigos culturales específicos. El uso recurrente de animales —en especial perros o aves nocturnas— se conecta con la atribución de sentidos de alerta o advertencia, siguiendo lo que Eliade (1972) reconoce como “hierofanías animales”, es decir, manifestaciones

simbólicas de lo sagrado que señalan el tránsito entre lo humano y lo sobrenatural. Asimismo, la inclusión de objetos como bastones, cadenas o elementos de indumentaria deteriorada no solo aporta realismo narrativo, sino que simboliza la carga moral de las acciones humanas, representando las consecuencias del pecado o la transgresión. Por su parte, el territorio —caminos rurales, riberas de ríos, veredas apartadas— se convierte en un escenario cargado de sentido, que funciona como frontera entre lo seguro y lo amenazante, lo conocido y lo desconocido.

Desde la filosofía platónica, estos elementos pueden interpretarse como la materialización de arquetipos morales que operan como modelos ideales para guiar la conducta. Platón, en su concepción del mundo inteligible, sostenía que los mitos encarnan formas puras que orientan la percepción y la acción, transmitiendo lecciones sobre justicia, prudencia y templanza (Platón, *La República*). En el Patetarro, los animales y objetos simbólicos no son meros adornos narrativos, sino representaciones sensibles de principios morales universales, adaptados al contexto rural colombiano. El animal que avisa o el objeto que pesa son proyecciones físicas de las Ideas que, en la teoría platónica, constituyen la base del conocimiento verdadero y de la educación moral de la comunidad.

Por su parte, la filosofía aristotélica permite comprender estos símbolos no como realidades separadas del mundo material, sino como elementos cuya función ética se concreta en la experiencia cotidiana. Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, subraya que la virtud se forma a través del hábito y que los relatos míticos son instrumentos pedagógicos que incitan a la acción correcta. En el Patetarro, los elementos territoriales cumplen una función preventiva: recordar, a través del miedo o la advertencia, que el equilibrio social se mantiene evitando lugares y comportamientos riesgosos. Los símbolos, entonces, no son estáticos, sino que adquieren relevancia en la medida en que moldean prácticas y refuerzan pautas de convivencia.

Esta dimensión ética se complementa con la perspectiva de las representaciones sociales propuesta por Moscovici (1961), para quien las creencias compartidas

organizan la realidad y facilitan la comunicación de significados colectivos. El Patetarro, con sus atributos simbólicos, se convierte en una representación social que condensa nociones de peligro, respeto por el orden y temor a lo desconocido. Los animales, objetos y territorios presentes en la narración no solo evocan imágenes, sino que cristalizan consensos culturales sobre lo que se debe o no se debe hacer, configurando un mapa moral que es reconocido y reproducido por las comunidades.

En el plano semiótico, siguiendo a Eco (1976), el mito puede entenderse como un sistema de signos en el que cada elemento simbólico actúa como significante que remite a un significado culturalmente codificado. Así, un perro que ladra en la oscuridad no solo señala una presencia física, sino que activa un código interpretativo: peligro inminente, intervención sobrenatural, advertencia moral. Los territorios nocturnos, por su parte, son signos de tránsito hacia el ámbito de lo prohibido, y los objetos deteriorados son signos de castigo o condena. Este entramado semiótico refuerza la función didáctica del mito, asegurando su persistencia en la memoria colectiva.

En la interacción entre filosofía moral y teoría de la comunicación cultural, el Patetarro encarna un arquetipo cuya fuerza radica en su plasticidad simbólica. Cada comunidad puede adaptar los animales, objetos y territorios que lo componen, pero siempre preservando su función central: advertir, educar y cohesionar. Platón permitiría ver en él un reflejo sensible de las Ideas; Aristóteles, un recurso para cultivar hábitos virtuosos; Moscovici, una representación social que articula lo individual y lo colectivo; y Eco, un sistema semiótico que transmite significados de generación en generación.

La leyenda del Patetarro no sobrevive únicamente por su capacidad de asustar, sino por la densidad simbólica que encierra. Animales que avisan, objetos que cargan moralmente y territorios que advierten se entrelazan para formar un relato que regula la conducta, fortalece la identidad cultural y mantiene viva una memoria ética compartida. En este cruce entre arquetipos filosóficos, representaciones sociales y

signos culturales, el mito se revela como un espejo en el que la comunidad se observa a sí misma, reconoce sus límites y reafirma sus valores, manteniendo así un diálogo constante entre lo ancestral y lo presente.

IDENTIDAD TERRITORIAL Y GEOGRÁFICA

La leyenda de *El Patetarro*, presente en el acervo oral de varias regiones colombianas, se configura como un relato donde el espacio geográfico no es un mero escenario, sino un agente activo en la construcción de significado cultural. Su presencia se asocia particularmente con áreas rurales de la zona andina y, en algunos relatos, con regiones selváticas y zonas de transición hacia piedemontes, en donde la geografía abrupta, los caminos de herradura y los ríos torrentosos conforman un marco simbólico de tensión y misterio. Desde un enfoque sociocultural, la territorialidad en este mito no es casual: como sostienen Hall (1997) y Augé (1993), la identidad se produce y reproduce en relación con lugares concretos, que actúan como repositorios de memoria colectiva. En el caso de *El Patetarro*, las descripciones de su aparición en veredas apartadas, en cercanías de quebradas y bosques frondosos, vinculan el mito a un paisaje específico que funciona como catalizador de la narrativa.

La geografía vinculada al mito se enmarca también en un sistema de significados que opera como una cartografía cultural. Según el enfoque de apego emocional al territorio planteado por Hidalgo y Hernández (2001), los lugares no solo delimitan un espacio físico, sino que generan vínculos afectivos que sostienen identidades y prácticas sociales. En los relatos orales, *El Patetarro* aparece asociado a sitios peligrosos, como puentes improvisados sobre ríos crecidos o senderos poco transitados, reforzando la percepción comunitaria de estos espacios como zonas liminales, donde lo cotidiano y lo sobrenatural se entremezclan. Este patrón narrativo, lejos de ser arbitrario, refleja un mecanismo de control social: advertir a los jóvenes sobre los riesgos de aventurarse de noche o de transgredir ciertas normas colectivas.

Desde la perspectiva del comportamiento espacial y el control, la leyenda opera como un dispositivo narrativo que regula la movilidad y el uso del espacio. Michel de Certeau (1990) señala que los relatos de lugar generan prácticas espaciales, condicionando cómo se habita y recorre un territorio. Así, el mito de *El Patetarro* no solo señala puntos geográficos, sino que impone rutas seguras y tiempos adecuados para desplazarse, estableciendo un código implícito de comportamiento comunitario. En este sentido, los espacios vinculados a la leyenda se convierten en nodos de un mapa imaginario que orienta tanto el tránsito físico como las relaciones sociales.

La transmisión de esta geografía simbólica responde a un patrón intergeneracional en el que la narración de la leyenda incluye descripciones precisas de lugares —cascadas ocultas, claros en el bosque, laderas empinadas— que no solo refuerzan la verosimilitud del relato, sino que también perpetúan un conocimiento territorial adaptado a las necesidades de la comunidad. Desde el enfoque sociocultural de Geertz (1973), esta dimensión espacial es parte del "texto cultural" que las comunidades leen e interpretan continuamente, dotando a cada paraje de un significado moral y social.

El apego emocional que genera la leyenda no se limita a un sentido de pertenencia, sino que también opera como un anclaje narrativo que preserva la cohesión comunitaria. En la tradición oral, nombrar los lugares asociados a *El Patetarro* implica reafirmar la conexión entre la memoria y el territorio, reforzando el sentido de continuidad histórica. Tal como sostiene Relph (1976), la identidad de lugar se sostiene tanto en la experiencia directa como en la narración simbólica, y esta última juega un papel central en contextos rurales donde la oralidad es el principal medio de transmisión cultural.

El mito, en este marco, se convierte en un elemento organizador del espacio vivido. Los lugares que "pertenecen" a *El Patetarro* quedan imbuidos de una cualidad moral: son advertencia y guía, frontera y umbral. Esta dualidad entre atracción y peligro encaja con lo que Yi-Fu Tuan (1977) denomina "topofilia ambivalente", donde

el apego al lugar se entrelaza con el respeto reverencial o el temor. La comunidad, al preservar estas narraciones, mantiene también una ética territorial que modula comportamientos y jerarquiza espacios, asegurando que la geografía no se reduzca a su dimensión física, sino que se sostenga como una trama de significados colectivos.

En suma, la leyenda de *El Patetarro* despliega una cartografía cultural en la que el territorio se convierte en un archivo vivo de memoria, advertencia y pertenencia. Desde el enfoque sociocultural, el apego emocional y el control del comportamiento espacial, el mito delimita, nombra y jerarquiza los lugares, preservando tanto la seguridad física como la identidad cultural de la comunidad. Este entramado simbólico no solo protege la integridad territorial, sino que también garantiza que el vínculo entre paisaje y cultura continúe vigente, reafirmando la idea de que, en la tradición oral, el territorio no es un simple fondo de la historia, sino un protagonista indispensable de la experiencia colectiva.

Raíces del Patetarro

La leyenda del Patetarro, enraizada en diversas regiones rurales de Colombia, constituye un relato popular que trasciende el plano narrativo para inscribirse como elemento estructurante de la identidad territorial y cultural. En su forma oral y simbólica, esta figura mítica opera como un marcador espacial y social, articulando la memoria colectiva con el territorio vivido. Según Barth (1969), las narrativas locales pueden funcionar como dispositivos de frontera cultural, delimitando no solo el “nosotros” comunitario, sino también las prácticas y significados atribuidos a los espacios. El Patetarro, al vincularse con áreas boscosas, caminos aislados o zonas de tránsito nocturno, refuerza una geografía emocional en la que los lugares se impregnan de significados compartidos.

Desde el enfoque sociocultural y de apego emocional, la leyenda actúa como una narrativa que refuerza vínculos afectivos con el lugar. Low y Altman (1992) plantean que el apego al territorio no es únicamente físico, sino también simbólico, sustentado en historias, mitos y ritos que otorgan sentido a la pertenencia. El

Patetarro no solo describe un personaje atemorizante, sino que encarna una advertencia que regula comportamientos comunitarios y fomenta cohesión interna. Su reiteración oral en las veladas, encuentros y rituales rurales fortalece el sentido de comunidad al rememorar el entorno compartido y los peligros –reales o imaginarios– asociados a su transgresión.

En el plano del comportamiento espacial y control, Foucault (1975) sostiene que el discurso puede constituirse en una tecnología de control social, y los mitos operan como mecanismos de vigilancia simbólica. El Patetarro, al situarse en zonas concretas como veredas, pasos de río o senderos boscosos, regula los desplazamientos y los horarios de tránsito, en especial para niños y jóvenes. De esta manera, la geografía del mito no es arbitraria: se vincula a lugares donde la comunidad ha identificado riesgos físicos o sociales, y utiliza el relato para reforzar normas implícitas de uso del espacio.

El fortalecimiento del sentido de pertenencia local o regional se expresa en cómo la comunidad reconoce estos lugares como parte de su imaginario identitario. Siguiendo a Anderson (1983), las comunidades se imaginan y cohesionan a través de símbolos compartidos, y en este caso, el Patetarro funciona como una marca narrativa que delimita un territorio simbólico frente a lo externo. Este proceso involucra tanto la transmisión oral entre generaciones como la apropiación cultural de los espacios que “pertenecen” a la leyenda. Así, la identidad local se afianza en la medida en que los habitantes reconocen que ciertas rutas, montes o quebradas no son solo coordenadas geográficas, sino también escenarios de memoria.

El componente afectivo del mito permite que la identidad territorial se sostenga frente a las transformaciones contemporáneas. Como plantea Nora (1984), los lugares de memoria no se limitan a monumentos físicos, sino que incluyen narraciones que dotan de densidad histórica y emocional a un espacio. El Patetarro, al permanecer vigente en la oralidad rural, crea una capa de significado que protege la continuidad cultural frente a los procesos de homogenización global. La

persistencia de la figura mítica confirma que, incluso en contextos de migración y cambio, las narrativas locales operan como anclas emocionales y territoriales.

En términos socioculturales, la leyenda del Patetarro no solo genera cohesión interna, sino que también delimita diferencias frente a comunidades vecinas. Tal como señala Hall (1997), la identidad cultural se construye tanto en lo que se comparte como en lo que se distingue, y el mito, al estar asociado a un espacio y prácticas particulares, funciona como un signo diferenciador. Esto refuerza un sentido de pertenencia que se alimenta de la exclusividad narrativa y de la geografía simbólica que la sostiene.

Al considerar su impacto en el comportamiento espacial, se evidencia que la leyenda regula el uso del territorio mediante un control social indirecto. Las rutas y paisajes asociados al Patetarro se convierten en zonas de respeto, temor o evitación, modificando patrones de movilidad y reforzando la centralidad de ciertos espacios comunitarios seguros. De este modo, el mito ejerce una función organizadora del territorio, influyendo en la distribución de actividades y en la relación cotidiana con el entorno natural.

En síntesis, el Patetarro actúa como un nodo de intersección entre la memoria cultural, el apego emocional y la regulación espacial. Su persistencia en el imaginario colectivo demuestra que la identidad territorial no depende únicamente de la geografía física, sino también de la red de significados que se teje a través de la oralidad y la práctica social. Este mito no solo fortalece el sentido de pertenencia local o regional, sino que también configura un mapa afectivo y normativo en el que la comunidad reconoce y reafirma su vínculo con el territorio que habita.

DIMENSIÓN ÉTICA Y PEDAGÓGICA

Arquetipo Moral y Aprendizaje

La leyenda del Patetarro, arraigada en tradiciones orales de diversas regiones rurales de Colombia, constituye un dispositivo narrativo cargado de significados morales y advertencias sociales, cuya estructura simbólica se articula con valores y antivalores que cumplen una función pedagógica. Según Levi-Strauss (1987), los mitos actúan como matrices culturales que permiten la transmisión de patrones normativos, y en este caso, la figura del Patetarro encarna una manifestación del control social ejercido mediante el temor y la sanción simbólica. Desde la perspectiva de los pedagogos conductistas, como Skinner (1971), las narraciones con refuerzos positivos o negativos actúan sobre la conducta al modelar respuestas deseadas o al inhibir aquellas consideradas socialmente perjudiciales.

En su configuración narrativa, el Patetarro se asocia a un personaje de aspecto inquietante, cuya presencia se vincula a transgresiones éticas, especialmente comportamientos nocturnos indebidos o actitudes irrespetuosas hacia normas comunitarias. El mito, en su estructura, integra tanto el refuerzo negativo —castigos simbólicos como la persecución o el miedo— como el refuerzo indirecto, en la medida en que la conducta ajustada a la norma permite evitar la experiencia con la figura legendaria. Tal como expone Watson (1924), la pedagogía del miedo ha sido históricamente empleada para condicionar hábitos y controlar impulsos, lo que convierte a esta leyenda en un mecanismo cultural para mantener la cohesión y la disciplina social.

Los valores transmitidos incluyen el respeto a la autoridad, la prudencia en la vida nocturna y la responsabilidad colectiva, mientras que los antivalores emergen en la exaltación de la violencia como método de sanción o en el uso de la intimidación

como estrategia de aprendizaje. Desde un enfoque de análisis moral, Kohlberg (1984) plantea que la internalización de valores se produce en etapas que combinan obediencia por temor a la sanción y, en estadios superiores, el reconocimiento de principios éticos universales. El Patetarro se ubicaría en una pedagogía de nivel preconvencional, donde la obediencia está determinada por la evitación del castigo más que por la comprensión de la norma.

La transmisión oral del mito en entornos familiares y escolares no formales lo convierte en un recurso de socialización temprana, especialmente en comunidades rurales donde el contacto intergeneracional preserva su vigencia. Este carácter pedagógico coincide con lo señalado por Ausubel (1963) sobre el aprendizaje significativo, en el que el contenido cultural se asimila al integrar experiencias previas, emociones y códigos simbólicos compartidos. En este sentido, la leyenda no solo advierte, sino que también refuerza el tejido moral de la comunidad, utilizando la narrativa como vehículo para inculcar hábitos y conductas esperadas.

No obstante, el uso del miedo como herramienta educativa plantea cuestionamientos éticos. Bandura (1977) advierte que la imitación de modelos agresivos puede generar comportamientos hostiles, aun cuando la intención inicial sea disuasoria. Así, el Patetarro, aunque diseñado para proteger a la comunidad de conductas nocivas, también podría reproducir la normalización de la amenaza como método legítimo de corrección. Este doble filo pedagógico revela la tensión entre la eficacia conductual del mito y la necesidad de promover valores mediante estrategias menos coercitivas.

La dimensión ética se complejiza al considerar que, en muchas versiones, el personaje castiga indiscriminadamente, sin un juicio proporcional a la falta cometida. Esta falta de gradación en la sanción contradice principios de justicia restaurativa, ampliamente defendidos por la pedagogía contemporánea, y sugiere que el mito opera más como advertencia preventiva que como instrumento de equidad moral. Desde el punto de vista conductista, el estímulo aversivo puede ser eficaz a corto plazo, pero su sostenibilidad en el tiempo es cuestionable, dado que

el comportamiento deseado se mantiene más por temor que por comprensión racional de su conveniencia.

Al analizar sus elementos desde la educación moral, la leyenda del Patetarro presenta una interacción constante entre pedagogía informal y control social, en la que el relato moldea la conducta y refuerza la cohesión comunitaria. La función del mito, en este marco, no se limita a transmitir valores explícitos, sino que también opera como catalizador de una ética colectiva adaptada a las necesidades de regulación del entorno. La persistencia de su uso en contextos rurales revela que, más allá de la transformación de los modelos educativos formales, las comunidades mantienen canales narrativos que actúan en paralelo a la escolarización institucional.

En última instancia, la leyenda del Patetarro, vista desde la óptica conductista, puede entenderse como un arquetipo narrativo que condensa la función social de advertir y disciplinar a través de un refuerzo aversivo. Su eficacia radica en la internalización del temor como límite a la transgresión, pero su valor como recurso pedagógico dependerá de la capacidad comunitaria para reinterpretarlo a la luz de prácticas educativas que privilegien el razonamiento moral y el diálogo. Así, esta figura mítica se mantiene como un espejo de la tensión entre tradición y modernidad en la enseñanza de los valores, recordando que la pedagogía cultural, aunque moldeada por el miedo, también refleja la creatividad social para sostener códigos de convivencia que la comunidad considera esenciales para su permanencia.

Normas y Conductas del Patetarro

La leyenda del Patetarro en Colombia, profundamente arraigada en contextos rurales y periféricos, se presenta como un dispositivo narrativo que, más allá de su carga fantástica, desempeña un papel regulador del comportamiento social. Su

estructura simbólica y su trama transmiten un sistema implícito de premios y castigos que, desde una perspectiva ética y pedagógica, configuran un marco normativo no institucional, pero de fuerte arraigo comunitario. En este sentido, la figura del Patetarro se erige como un mecanismo de control social basado en el temor y la anticipación de consecuencias, lo que permite comprenderla a la luz de los planteamientos conductistas, para quienes las conductas humanas pueden modelarse mediante refuerzos y sanciones (Skinner, 1974).

En términos pedagógicos, el mito premia conductas como la obediencia, la prudencia y el respeto por las normas comunitarias, ya que quienes siguen dichas pautas se mantienen a salvo de su presencia amenazante. Este sistema simbólico encaja con el concepto de refuerzo positivo, donde la recompensa no es material, sino la seguridad personal y la aceptación social (Thorndike, 1911). A su vez, castiga la desobediencia, la curiosidad imprudente y el incumplimiento de reglas, imponiendo como sanción la amenaza de un encuentro con la criatura, lo cual se aproxima a lo que el conductismo denomina castigo negativo, es decir, la privación de bienestar como consecuencia de un acto no deseado (Watson, 1925).

La eficacia de este sistema narrativo se explica por su integración en la dinámica cultural local. La transmisión oral del mito no solo preserva la historia, sino que refuerza las pautas de comportamiento aceptadas. Al igual que en las observaciones de Bandura (1986) sobre el aprendizaje vicario, los relatos de terceros que aseguran haber visto al Patetarro o haber conocido a sus víctimas refuerzan la internalización de las normas sin necesidad de una experiencia directa. Este fenómeno se potencia en sociedades rurales donde las redes comunitarias son estrechas y el imaginario colectivo actúa como un marco de referencia omnipresente.

Desde un enfoque ético, la figura del Patetarro plantea una dualidad entre el uso legítimo de la narrativa para fomentar la cohesión social y el riesgo de inculcar valores basados exclusivamente en el miedo. Como advierte Fromm (1941), las sociedades que dependen excesivamente del temor para regular la conducta

pueden derivar en modelos de obediencia pasiva que limitan la autonomía moral. En este sentido, la dimensión ética del mito oscila entre su potencial educativo y la posibilidad de consolidar estructuras de control social rígidas.

El papel del Patetarro como agente simbólico de premio y castigo se articula con una pedagogía implícita que trasciende el aula. Según Pavlov (1927), las asociaciones repetidas entre estímulos y respuestas generan condicionamientos que pueden perdurar a lo largo del tiempo; en el caso de esta leyenda, el estímulo es la amenaza de la figura mítica y la respuesta esperada es la adhesión a las normas comunitarias. Este mecanismo condicionante explica la persistencia de la leyenda incluso en contextos de modernización, pues su carga afectiva y moral se integra en el imaginario infantil y juvenil como un recurso de socialización temprana.

Asimismo, desde la óptica del aprendizaje social, el Patetarro funciona como un dispositivo narrativo que no solo regula la conducta individual, sino que refuerza el orden colectivo. El hecho de que los comportamientos premiados y castigados estén alineados con la preservación de valores como la solidaridad y la seguridad comunitaria evidencia su papel como catalizador de cohesión. Sin embargo, su uso pedagógico también puede consolidar estructuras jerárquicas tradicionales, ya que refuerza el respeto acrítico hacia las autoridades locales y familiares, un aspecto que Skinner (1971) advertía como riesgo en sistemas de control conductual.

La leyenda del Patetarro opera como un sistema ético-pedagógico informal, donde los premios y castigos, aunque simbólicos, poseen una carga emocional intensa que condiciona el comportamiento de quienes internalizan la narrativa. Desde el conductismo, se entiende que el refuerzo positivo (seguridad y aceptación) y el castigo negativo (miedo y exclusión) actúan de manera complementaria para moldear la conducta. Esta interacción, insertada en un marco cultural específico, convierte al mito en una herramienta de control y socialización que trasciende generaciones. En una lectura reflexiva, el Patetarro no es únicamente un personaje del folclor, sino un dispositivo narrativo que, al regular lo que la comunidad premia y castiga, dibuja los límites morales del territorio, entrelazando la pedagogía del

miedo con la preservación del orden social y dejando entrever que, en la intersección entre ética y cultura, el mito sigue siendo una poderosa escuela invisible.

ESTÉTICA Y NARRATIVA

TRAMA Y COMPLEJIDAD

La leyenda de *El Patetarro* en Colombia se inscribe en el acervo narrativo popular que combina elementos de advertencia moral, expresiones de identidad territorial y recursos literarios que dotan a la narración de una estructura particular. La pregunta sobre si esta leyenda posee una estructura narrativa compleja o rica requiere un abordaje desde la teoría de la narratología y la estética literaria. Según Genette (1983), la complejidad narrativa no depende únicamente de la extensión o del número de episodios, sino de la articulación entre trama, personajes, temporalidad y recursos discursivos. En este sentido, *El Patetarro* no se limita a una secuencia lineal de acontecimientos, sino que despliega un tejido de simbolismos y giros dramáticos que permiten diferentes niveles de interpretación.

En su construcción, la leyenda adopta un esquema que alterna entre la exposición de un contexto rural, la irrupción de un personaje sobrenatural y el clímax generado por el enfrentamiento moral entre el protagonista y su entorno. Esta secuencia responde a lo que Todorov (1970) denomina el "modelo de equilibrio-ruptura-equilibrio", donde el relato parte de una normalidad alterada por la aparición del ser mítico, que desencadena un conflicto y finalmente reconfigura el orden narrativo, aunque con una impronta de advertencia permanente. La riqueza de la trama se observa en la forma en que integra elementos descriptivos que refuerzan la ambientación —bosques, caminos solitarios, noches lluviosas— y en el uso de metáforas visuales que intensifican la experiencia del oyente o lector.

Desde el punto de vista estético, la leyenda hace uso de recursos orales que, según Ong (1982), potencian la vivacidad y memorabilidad del relato. Las repeticiones rítmicas, las pausas dramáticas y las hipérboles sobre las dimensiones físicas del *Patetarro* no son meros adornos, sino dispositivos retóricos que crean tensión y favorecen la transmisión intergeneracional. La figura central, con su pie

desmesurado, opera como símbolo de desproporción y desequilibrio moral, mientras que los episodios que narran sus apariciones constituyen un mosaico de variaciones que enriquecen el mito.

La complejidad de *El Patetarro* se expresa también en la polifonía de significados que pueden derivarse de su trama. Bakhtin (1981) plantea que un relato rico es aquel que admite múltiples voces y lecturas, y en este caso, la leyenda puede entenderse como un mecanismo de control social, como un ejercicio de identidad cultural o como una manifestación de temor ancestral ante lo desconocido. Esta multicapacidad interpretativa permite que la narración trascienda el mero entretenimiento para convertirse en un artefacto cultural cargado de valores simbólicos.

En términos de riqueza literaria, la leyenda incorpora figuras como la prosopopeya, la sinestesia y la hipérbole, que actúan como catalizadores de la imaginación colectiva. Al describir el andar del *Patetarro*, las narraciones no se limitan a informar sobre su presencia, sino que recrean la atmósfera sonora de sus pasos, el olor del barro impregnado en su pie y el escalofrío que produce su cercanía. Este nivel de detalle, siguiendo a Barthes (1970), confiere al relato un "efecto de realidad" que fortalece su verosimilitud dentro del universo de la oralidad rural.

La medición de esta riqueza narrativa y creativa puede abordarse desde marcos teóricos que evalúan el potencial literario de un texto. Bloom (1994) propone que la originalidad, la intertextualidad y la capacidad de renovar el imaginario colectivo son indicadores de alta calidad estética. En *El Patetarro*, estas dimensiones se cumplen a través de la constante reelaboración oral del mito, su adaptación a distintos contextos regionales y su permanencia como referente cultural en relatos contemporáneos.

Desde un plano pedagógico de la creatividad, la complejidad narrativa también puede analizarse a la luz de teorías que valoran la estimulación imaginativa. Vygotsky (1930) sostiene que el desarrollo creativo se nutre de narraciones que combinan lo real y lo fantástico, permitiendo a los receptores —especialmente

niños— ampliar sus marcos de referencia y explorar dimensiones simbólicas. En este sentido, *El Patetarro* no solo ilustra una tradición, sino que genera un laboratorio narrativo donde convergen miedo, curiosidad y reflexión moral.

Por otra parte, el estudio de la riqueza literaria en el mito puede vincularse con enfoques de pedagogos que han trabajado la apreciación de la narrativa como herramienta formativa. Según Bruner (1991), los relatos complejos ofrecen marcos más ricos para el aprendizaje porque exigen que el oyente o lector organice información, interprete motivos y anticipe desenlaces. En la leyenda de *El Patetarro*, la ambigüedad moral de las acciones del personaje y la incertidumbre de su destino final constituyen estímulos para el pensamiento crítico y la elaboración personal del significado.

En síntesis, la leyenda de *El Patetarro* presenta una estructura narrativa que, si bien puede ser transmitida en formas breves y directas, encierra una notable complejidad en su disposición interna, en la variedad de recursos estéticos y en la capacidad de generar interpretaciones múltiples. Esta riqueza no solo radica en la secuencia de los hechos, sino en la profundidad simbólica que alcanza, en el modo en que su trama se adapta a diferentes contextos y en su potencia para seguir inspirando relatos nuevos a partir de una matriz tradicional. Reconocer esta complejidad narrativa implica entender que el mito, lejos de ser una historia simple para provocar temor, constituye un patrimonio literario que amalgama memoria, creatividad y pedagogía cultural, reforzando los lazos entre las generaciones y manteniendo vivo un imaginario que pertenece tanto a la historia oral como a la sensibilidad estética del país.

RECURSOS LITERARIOS EN EL PATETARRO

La leyenda de *El Patetarro*, presente en diversas regiones de Colombia, constituye un ejemplo significativo de cómo los relatos orales configuran imaginarios colectivos y preservan elementos estéticos y narrativos que trascienden generaciones. Su permanencia en la memoria social se debe, en gran parte, a su estructura flexible y a la incorporación de recursos expresivos como metáforas, hipérboles y, en ciertos

casos, humor, que refuerzan su capacidad de impactar emocionalmente a quien la escucha. Desde la perspectiva de la estética literaria, estos elementos no solo cumplen una función ornamental, sino que también actúan como catalizadores del sentido simbólico y de la cohesión cultural (Bajtín, 1982).

La metáfora, como recurso central en muchas versiones de la leyenda, opera transformando elementos cotidianos en símbolos cargados de significados más amplios. Ricoeur (2001) señala que la metáfora en el discurso narrativo no es mera sustitución semántica, sino una estrategia cognitiva que permite reconfigurar la percepción de la realidad. En *El Patetarro*, la representación de su pie desmesuradamente grande puede interpretarse como una metáfora del miedo amplificado, del peligro inminente que amenaza al transgresor de las normas comunitarias. Este símbolo se articula con la tradición del mito como relato moralizante, en el que las advertencias adquieren cuerpo y forma en figuras extraordinarias.

La hipérbole, por su parte, intensifica el carácter sobrenatural y grotesco del personaje. Según Lausberg (1993), la exageración retórica no busca únicamente embellecer el relato, sino generar un efecto emocional que fije la narración en la memoria colectiva. El pie desproporcionado, la fuerza sobrehumana o las persecuciones interminables descritas en algunas versiones no deben leerse como defectos de realismo, sino como recursos que amplifican el impacto narrativo y refuerzan la atmósfera de asombro y temor. De este modo, la hipérbole se convierte en un vehículo para acentuar los valores ejemplarizantes del mito y consolidar su función pedagógica.

El humor, aunque menos evidente, se filtra en ciertas adaptaciones orales, especialmente aquellas destinadas a un público infantil o contadas en contextos festivos. Freud (1905) ya indicaba que el humor en relatos fantásticos puede cumplir una doble función: aliviar la tensión generada por lo siniestro y crear un vínculo de complicidad entre narrador y oyente. En *El Patetarro*, la deformidad del personaje o la torpeza en algunas persecuciones pueden ser narradas con un matiz jocoso, que

atenúa el miedo sin despojar al mito de su carácter preventivo. Esta versatilidad narrativa contribuye a su adaptabilidad cultural, permitiendo que la leyenda sobreviva en diversos registros emocionales y sociales.

La riqueza literaria de *El Patetarro* puede evaluarse a partir de la convergencia de estos recursos expresivos con su estructura narrativa abierta, que admite variaciones y reinterpretaciones según el contexto. Lotman (1996) sostiene que la riqueza creativa de un texto cultural radica en su capacidad de generar múltiples lecturas y adaptaciones sin perder su núcleo semántico. En este caso, la leyenda mantiene su esencia como relato de advertencia, pero se enriquece con modulaciones que van desde el terror hasta la comicidad, pasando por el asombro fantástico.

La percepción teórica de la riqueza creativa también implica considerar el entramado de intertextualidades que la leyenda activa. Genette (1989) plantea que un texto se fortalece literariamente cuando dialoga con otros discursos, y en *El Patetarro* es posible identificar resonancias con arquetipos de la tradición oral latinoamericana, como *El Sombrerón* o *La Llorona*, donde la exageración física y el componente simbólico se combinan para reforzar la identidad cultural. En este sentido, la leyenda no se presenta como una pieza aislada, sino como parte de una red narrativa que comparte códigos, símbolos y funciones con otros mitos del continente.

La transmisión cultural de este tipo de relatos, cargados de figuras retóricas y recursos expresivos, reafirma su papel como portadores de un capital simbólico esencial para la cohesión social (Bourdieu, 1986). La oralidad permite que el mito se adapte a las necesidades y sensibilidades de cada época, mientras que el empleo de metáforas, hipérboles y humor asegura que la narración conserve su atractivo estético y su capacidad de seducir al oyente. Este dinamismo discursivo garantiza que *El Patetarro* no solo sobreviva como un vestigio del pasado, sino como una manifestación viva de creatividad popular.

En síntesis, *El Patetarro* encarna la capacidad de los relatos míticos para combinar elementos estéticos y narrativos que potencian su permanencia en el tiempo. Las metáforas le otorgan profundidad simbólica, las hipérboles intensifican el dramatismo y el humor añade una dimensión lúdica que amplía su alcance. Estas estrategias, lejos de ser meros adornos, conforman un tejido narrativo que integra valores culturales, emociones colectivas y adaptabilidad intergeneracional. En su conjunto, la leyenda se revela como una obra de arte oral que, mediante el juego equilibrado entre lo trágico y lo cómico, lo real y lo exagerado, lo moral y lo fantástico, demuestra que la riqueza literaria y creativa de un mito reside tanto en su contenido como en su forma, y que su vigencia depende de la manera en que logra conmover, advertir y divertir a quienes la escuchan.

CAPACIDAD DE ADAPTACIÓN

VERSATILIDAD MÍTICA REGIONAL

La leyenda de El Patetarro, narrada en diversas regiones rurales de Colombia, constituye un ejemplo elocuente de cómo los mitos populares pueden atravesar distintas temporalidades y mantener vigencia en escenarios históricos, políticos y sociales cambiantes. Su permanencia, pese a la variabilidad de las coyunturas, ilustra lo que Eliade (1963) describe como la capacidad del mito para adaptarse a las mutaciones del tiempo sin perder su núcleo simbólico. El Patetarro, figura que combina elementos de terror rural con advertencias morales, ha sido interpretado en cada época según las ansiedades y necesidades culturales predominantes, funcionando como un espejo flexible de las estructuras de poder, los cambios productivos y las transformaciones de la vida comunitaria.

En el periodo colonial y en los albores republicanos, el mito operó como recurso oral para regular conductas en territorios donde el control institucional era difuso, sirviendo como mecanismo de cohesión social en entornos dispersos (Lévi-Strauss, 1987). En este contexto, El Patetarro encarnaba temores asociados al castigo por transgredir normas colectivas, particularmente en sociedades agrarias que dependían de la disciplina laboral y la preservación de la moral comunitaria. Su relato se difundía en la oralidad campesina con un lenguaje cargado de advertencias y códigos morales implícitos, lo que Geertz (1973) denominaría una "descripción densa" de la realidad simbólica, donde cada elemento narrativo servía a un fin normativo.

Con el avance del siglo XX, marcado por la urbanización y la modernización agrícola, la figura de El Patetarro encontró nuevas interpretaciones, incorporando elementos de crítica social y política. En zonas afectadas por conflictos armados y desplazamientos, el mito adquirió un matiz más sombrío, sirviendo como alegoría de amenazas invisibles que acechaban a comunidades vulnerables. Barthes (1970)

argumenta que el mito, en tanto sistema de comunicación, se resignifica para expresar tensiones colectivas, y en este sentido, El Patetarro pasó de ser un guardián moral a representar fuerzas de violencia o injusticia que podían cambiar de rostro según el contexto local.

En la contemporaneidad, el relato ha demostrado una versatilidad que lo mantiene vivo en entornos digitales y en expresiones culturales híbridas. Desde adaptaciones teatrales hasta reinterpretaciones gráficas en redes sociales, El Patetarro no ha perdido su potencia simbólica, sino que se ha proyectado hacia públicos urbanos y globales. Esto responde a lo que Hobsbawm y Ranger (1983) denominan "tradiciones inventadas", procesos mediante los cuales elementos antiguos se reformulan para sostener identidades en marcos nuevos. La leyenda no solo se reubica geográficamente, sino que incorpora sensibilidades modernas, como la denuncia de la degradación ambiental o la corrupción política, ampliando su espectro interpretativo.

En términos teóricos, esta capacidad de adaptación se explica por la estructura abierta del mito, que según Cassirer (1944) actúa como un sistema de pensamiento simbólico capaz de absorber experiencias colectivas diversas sin perder coherencia interna. El Patetarro, al no estar fijado de manera rígida, puede asumir significados plurales y ser apropiado por distintas generaciones con agendas culturales distintas. Ello otorga a la leyenda un valor antropológico excepcional, pues se convierte en un dispositivo narrativo de largo aliento que responde a lo que Durkheim (1912) identificaba como función integradora de las creencias colectivas: reforzar la cohesión y el sentido de pertenencia, incluso en contextos de alta fragmentación social.

La riqueza literaria y creativa de El Patetarro radica precisamente en su versatilidad. La leyenda puede ser relatada como un cuento de miedo para infundir disciplina en la niñez, reinterpretada como sátira frente a las estructuras de poder o utilizada como alegoría de la resistencia cultural frente a la homogeneización global. Esta polivalencia permite que las comunidades se sientan reflejadas en sus tramas y que

el relato funcione como una matriz narrativa donde los símbolos se reciclan y renuevan según la época. Desde una percepción conceptual, la leyenda posee una "plasticidad identitaria" que la hace reconocible y significativa en múltiples dimensiones de la experiencia humana: el temor, la justicia, la resistencia, la memoria y la identidad local.

En esta trayectoria de siglos, El Patetarro confirma que los mitos no son vestigios inmóviles del pasado, sino organismos vivos que respiran al ritmo de la historia. Su capacidad para dialogar con distintas realidades sociopolíticas y culturales demuestra que, cuando un relato conecta con los arquetipos más profundos del imaginario colectivo, puede cruzar generaciones y geografías sin perder su esencia. Así, la leyenda se convierte en un puente narrativo que enlaza lo ancestral con lo contemporáneo, lo local con lo universal, y lo personal con lo colectivo, reafirmando que la fuerza del mito reside tanto en su contenido como en su habilidad para renovarse sin dejar de ser reconocido por quienes, al escucharlo, se saben parte de la misma historia compartida.

PERSISTENCIA NARRATIVA

La leyenda de El Patetarro, inscrita en el repertorio mítico del folclore colombiano, ha mostrado una notable capacidad de adaptación a lo largo del tiempo, no solo en términos de transmisión oral, sino también en la posibilidad de su reinterpretación en diversos medios como el cine, el teatro o los videojuegos. En la tradición antropológica, el mito es comprendido como un relato cargado de simbolismos que, según Lévi-Strauss (1955), se reconfigura constantemente para responder a las necesidades narrativas y culturales de cada época. En este sentido, El Patetarro no permanece estático; más bien, se desplaza entre lenguajes artísticos y plataformas tecnológicas, adquiriendo nuevos matices y resignificaciones que permiten su persistencia y vigencia cultural.

En el ámbito cinematográfico, el mito puede ser transformado en una obra audiovisual que combina elementos visuales, sonoros y narrativos, ampliando su

alcance simbólico. Eliade (1963) señala que el mito, cuando es trasladado a otros formatos, no pierde necesariamente su sacralidad, sino que se reviste de nuevas formas de experiencia estética. La figura de El Patetarro, con su carga de misterio y su dimensión atemorizante, puede potenciarse a través del lenguaje cinematográfico, donde la puesta en escena, la iluminación y el ritmo narrativo permiten reforzar los códigos de miedo, advertencia y fascinación que subyacen en el relato tradicional.

En el teatro, la leyenda adquiere una dimensión más íntima y participativa. El espacio escénico permite una proximidad sensorial que reaviva la relación directa entre narrador y audiencia, tal como ocurre en la oralidad tradicional. Según Schechner (2003), el teatro no solo recrea historias, sino que las reactualiza a través de la performance, situando el mito en un tiempo presente que convoca a la comunidad a una experiencia compartida. En este formato, El Patetarro puede ser resignificado como metáfora de tensiones sociales, miedos colectivos o conflictos morales, integrando elementos propios del contexto histórico y político contemporáneo.

El medio de los videojuegos introduce una dimensión interactiva en la transmisión del mito, permitiendo que el receptor se convierta en actor dentro del universo narrativo. Huizinga (1938) plantea que el juego es un espacio cultural en el que se construyen significados, y al insertar una leyenda como El Patetarro en este entorno, el mito no solo se cuenta, sino que se vive. La experiencia lúdica posibilita la exploración de entornos virtuales que recrean paisajes rurales, atmósferas nocturnas y encuentros con lo sobrenatural, generando una inmersión que combina la tradición oral con las potencialidades del medio digital.

La versatilidad de El Patetarro como mito radica en su estructura abierta y simbólica, capaz de ser moldeada sin perder su núcleo identitario. Barthes (1972) sostiene que el mito opera como un sistema de comunicación que resignifica signos culturales para transmitir mensajes adaptados a contextos variables. En este sentido, su paso a otros medios no lo vacía de significado, sino que amplifica sus capas de

interpretación: desde el relato moralizante que previene ciertos comportamientos, hasta la representación de arquetipos de temor, resistencia o desafío.

La capacidad del mito para transitar entre formatos también se relaciona con su dimensión universal y su capacidad de dialogar con distintas facetas de la condición humana. Jung (1964) argumenta que los mitos, al expresar arquetipos del inconsciente colectivo, encuentran resonancia en diversas culturas y momentos históricos, pues apelan a emociones y conflictos que trascienden lo local. El Patetarro, en sus diferentes adaptaciones mediáticas, continúa interpelando al ser humano en torno a sus miedos, límites y vínculos con lo desconocido.

Este potencial adaptativo no debe entenderse como una simple modernización, sino como un proceso de relectura constante que permite al mito preservar su función social en sociedades marcadas por la globalización y la transformación tecnológica. García Canclini (1990) indica que la cultura contemporánea se caracteriza por la hibridez, y en este contexto, leyendas como El Patetarro se convierten en puentes entre la memoria colectiva y las narrativas emergentes, conectando lo ancestral con las formas actuales de producción cultural.

La reflexión final que surge de este análisis apunta a que la fuerza de El Patetarro no radica exclusivamente en la tradición que lo originó, sino en su facultad para reinventarse sin desarraigarse de su núcleo simbólico. Esta leyenda no solo transita de la voz del campesino a la pantalla, del escenario al código digital, sino que en cada medio reafirma su función como espejo de los miedos, aspiraciones y conflictos humanos. Su versatilidad no es un artificio moderno, sino una manifestación de su naturaleza más profunda: la de ser un relato vivo que se adapta a la mirada de cada época y que, en sus múltiples formas, sigue recordando al ser humano que sus mitos no pertenecen solo al pasado, sino que caminan junto a él en todas sus dimensiones culturales, tecnológicas y existenciales.

ELEMENTO RITUAL O CEREMONIAL

DIMENSIÓN RITUAL DEL PATETARRO

La leyenda del Patetarro, presente en la tradición oral de diversas regiones rurales de Colombia, se configura como un relato que excede el plano narrativo para insertarse en prácticas colectivas con significados rituales. Según Eliade (2000), todo mito que persiste en el tiempo posee un potencial ceremonial, ya que no solo comunica un mensaje simbólico, sino que crea un marco de comportamiento social. En este sentido, el Patetarro, figura asociada al misterio, la vigilancia comunitaria y el castigo ejemplar, se ha entrelazado históricamente con ciertas festividades y celebraciones locales que reafirman la cohesión cultural y el sentido de pertenencia.

El mito, en su dimensión ritual, se convierte en un mecanismo de transmisión de valores y normas. Durkheim (1993) señala que las ceremonias colectivas refuerzan la solidaridad social al proporcionar experiencias emocionales compartidas. En las comunidades donde la leyenda del Patetarro se ha vinculado a fiestas patronales o celebraciones agrícolas, su representación no se limita a la narración oral: puede adoptar formas performativas como desfiles, dramatizaciones y mascaradas, en las que el personaje se transforma en un arquetipo de orden y advertencia moral. Estas expresiones no solo reviven el mito, sino que lo dotan de una función activa en la estructuración simbólica de la comunidad.

Las prácticas rituales asociadas al Patetarro, aunque no siempre estén formalmente inscritas en liturgias religiosas, pueden tener un trasfondo espiritual implícito. Turner (1980) plantea que el ritual genera un espacio liminal donde las jerarquías se disuelven y las identidades se redefinen. En las escenificaciones populares del Patetarro, este espacio liminal puede servir como escenario para reflexionar sobre los límites de la conducta humana, los peligros de transgredir normas y la fragilidad del equilibrio social. De este modo, el mito se convierte en un recurso de pedagogía moral inscrito en el tejido de la vida colectiva.

En el contexto contemporáneo, las funciones rituales de la leyenda enfrentan un doble desafío: por un lado, la presión homogeneizadora de la globalización, y por otro, la necesidad de reinterpretar símbolos ancestrales para que sean significativos en un mundo cada vez más urbano y digital. Hobsbawm y Ranger (2002) argumentan que las tradiciones pueden ser “inventadas” o reformuladas para adaptarse a las exigencias del presente, sin que por ello pierdan legitimidad. Así, el Patetarro podría incorporarse en eventos culturales modernos, festivales de patrimonio inmaterial o proyectos artísticos comunitarios que integren música, danza y teatro contemporáneo, manteniendo su carga simbólica mientras se amplían sus posibilidades expresivas.

Esta adaptación a contextos actuales implica también un diálogo con prácticas religiosas y espirituales diversas. Aunque su origen no esté necesariamente ligado a cultos institucionalizados, el Patetarro puede integrarse en celebraciones sincréticas que combinan elementos católicos con rituales de origen indígena o afrodescendiente, configurando un repertorio híbrido. Según Bhabha (1994), estos espacios de hibridez cultural permiten la resignificación de símbolos, lo que posibilita que la figura del Patetarro funcione como puente entre lo ancestral y lo moderno, entre la tradición oral y las expresiones culturales urbanas.

En las últimas décadas, ciertos colectivos culturales han comenzado a experimentar con representaciones ritualizadas del Patetarro en contextos artísticos y turísticos, incorporando música tradicional, vestuarios elaborados y escenografías que evocan el ambiente rural. Esto demuestra que la leyenda puede convertirse en un recurso para fortalecer identidades locales y, al mismo tiempo, ofrecer un producto cultural con proyección económica. En este punto, la dimensión ceremonial del mito no es un vestigio del pasado, sino una herramienta estratégica de revitalización cultural y patrimonial.

La presencia ritual del Patetarro, en tanto fenómeno vivo, demuestra la capacidad de las leyendas para articular significados compartidos en distintos niveles: comunitario, religioso, festivo y artístico. Desde la perspectiva teórica de Lévi-

Strauss (1997), los mitos son estructuras simbólicas que organizan el pensamiento colectivo, y su vigencia depende de la habilidad de la comunidad para insertarlos en narrativas y ceremonias acordes a sus realidades actuales. Al asumir esta versatilidad, el Patetarro se convierte en un símbolo que transciende el relato, permitiendo que cada generación lo actualice y lo viva, no como un recuerdo estático, sino como un acto de comunicación entre el pasado y el presente, entre lo individual y lo colectivo, entre lo tangible y lo espiritual.

RITOS Y MEMORIA COLECTIVA

La leyenda de *El Patetarro*, presente en diversas regiones rurales de Colombia, se inscribe en un entramado simbólico que combina elementos de advertencia moral, control social y transmisión cultural, donde el mito se articula como un mecanismo regulador de conductas y como un referente ritual vinculado a determinadas prácticas de la vida comunitaria. Desde la perspectiva antropológica, el mito no se limita a su función narrativa, sino que adquiere una dimensión performativa cuando se integra en ceremonias, ritos de paso o actos de sanación y purificación (Eliade, 1991). En este sentido, *El Patetarro* —figura temida por su carácter punitivo y su simbolismo asociado a lo anómalo— ha sido incorporado, directa o indirectamente, a prácticas que reafirman la cohesión social y la continuidad de los valores colectivos.

En comunidades campesinas, especialmente aquellas con fuerte tradición oral, las narraciones sobre *El Patetarro* han sido recreadas en contextos rituales para marcar transiciones vitales, como el paso de la niñez a la adolescencia. Siguiendo el enfoque de Van Gennep (1986) sobre los ritos de paso, estos relatos funcionan como umbrales simbólicos donde el individuo es confrontado con lo desconocido, reforzando la obediencia a normas comunitarias y el respeto a límites sociales. De esta forma, el mito se convierte en un dispositivo pedagógico que, en el marco de rituales, dramatiza el peligro y la necesidad de prudencia, encarnando el papel de guardián cultural.

En relación con la sanación y la purificación, en ciertas regiones se ha documentado el uso metafórico de la figura de *El Patetarro* en prácticas chamánicas o curativas, donde se invoca como fuerza externa capaz de "arrastrar" enfermedades o malas energías lejos del paciente. Turner (1980) explica que en las sociedades tradicionales los símbolos rituales condensan significados múltiples: el mito puede operar como amenaza, pero también como canalizador de la energía social y espiritual. Así, la imagen de un ser monstruoso que vigila los comportamientos es resignificada como entidad protectora en ceremonias de limpieza espiritual, reforzando la idea de equilibrio entre orden y caos.

Asimismo, la narrativa ha servido como recurso dentro de celebraciones comunitarias donde se representan escenas del mito, ya sea en forma de teatro popular, danza o máscaras, configurando un espacio ritual de carácter liminal. En estos escenarios, *El Patetarro* deja de ser únicamente un agente de miedo para convertirse en figura de integración social, pues la representación colectiva implica participación, memoria y reafirmación de la identidad cultural. Como señala Geertz (1994), las prácticas rituales son textos culturales que condensan la cosmovisión de una comunidad, y el mito de *El Patetarro* constituye uno de estos textos, donde la dramatización pública reafirma el sentido compartido de pertenencia.

En contextos modernos, su incorporación en rituales ha sido más selectiva y simbólica, pero no por ello menos significativa. En algunos casos, ha pasado a formar parte de eventos folclóricos o conmemorativos que, aunque carezcan de la función estricta de un rito tradicional, conservan la carga simbólica que asocia el mito a la protección, la advertencia y la regulación social. Desde una lectura contemporánea, su uso ritual se ha desplazado hacia espacios patrimoniales y turísticos, adaptándose a lógicas de consumo cultural sin perder por completo su potencial de reforzar identidades locales. Esto concuerda con la idea de Hobsbawm y Ranger (1983) sobre las "tradiciones inventadas", donde ciertos elementos del pasado son reconfigurados para responder a necesidades presentes, manteniendo una continuidad simbólica que legitima su permanencia.

En la evaluación teórica de su uso actual, el mito de *El Patetarro* demuestra una capacidad de adaptación notable: mientras en el pasado formaba parte de rituales vinculados a la cohesión comunitaria y al control normativo, hoy puede integrarse en ceremonias cívicas, representaciones artísticas y actividades culturales que funcionan como rituales simbólicos en el sentido de Bell (1992), es decir, prácticas que, aunque desvinculadas del marco religioso estricto, siguen cumpliendo funciones de integración social y construcción de sentido colectivo.

La persistencia del mito en ritos de paso, sanación y purificación, tanto en contextos tradicionales como en adaptaciones modernas, muestra que *El Patetarro* no es solo un producto narrativo, sino una herramienta cultural que media entre lo individual y lo colectivo, entre lo material y lo simbólico. Su tránsito del escenario ritual tradicional a espacios más amplios del patrimonio cultural vivo confirma que el mito, como núcleo de memoria y práctica simbólica, sigue siendo un eje de cohesión y proyección identitaria en la Colombia contemporánea, demostrando que las figuras legendarias pueden renovar su vigencia al adaptarse a las transformaciones sociales sin perder la fuerza que las hizo esenciales en el imaginario colectivo.

DIMENSIÓN EMOCIONAL Y PSICOLÓGICA

INTENSIDAD EMOTIVA LEGENDARIA

La leyenda de El Patetarro, presente en la tradición oral colombiana, se configura como un mito con una carga emocional intensa, capaz de activar en los oyentes y receptores un conjunto de reacciones afectivas que oscilan entre el miedo, el respeto, la curiosidad y la nostalgia. Este personaje, descrito como un ser con una desproporcionada extremidad inferior y un carácter intimidante, ha sido transmitido de generación en generación como un recurso narrativo que busca advertir, aleccionar o preservar conductas socialmente aceptadas. Desde un enfoque teórico, los mitos actúan como constructos simbólicos que canalizan emociones colectivas (Eliade, 1991), y en el caso de El Patetarro, su fuerza radica en la activación de emociones primarias y secundarias según la clasificación propuesta por Robert Plutchik (1980).

El modelo de Plutchik identifica ocho emociones básicas: alegría, confianza, miedo, sorpresa, tristeza, anticipación, ira y aversión, cada una susceptible de intensificarse o combinarse. El Patetarro, como figura legendaria, se asocia principalmente con el miedo, el cual en la teoría de Plutchik constituye un mecanismo adaptativo vinculado a la protección y la supervivencia. Este temor, en el contexto de la narración oral, no solo busca disuadir comportamientos riesgosos —como adentrarse en lugares prohibidos o ignorar normas comunitarias—, sino que también refuerza la cohesión social mediante la internalización de límites y valores. Tal como indica Fromm (1973), el miedo no es únicamente una reacción instintiva, sino una construcción cultural que puede ser transmitida y reforzada mediante símbolos y relatos.

No obstante, el miedo no opera de manera aislada. En ciertas comunidades rurales donde persiste el relato, El Patetarro despierta una forma de respeto que, según Scheff (1990), puede entenderse como una emoción relacional que media entre el temor y la admiración. La figura del ser sobrenatural adquiere un carácter protector

o sancionador dependiendo del contexto y del narrador, lo que permite que en algunos casos el sentimiento de amenaza se transforme en reconocimiento hacia su función de guardián del orden moral y territorial.

La nostalgia también emerge como una emoción relevante en la recepción contemporánea de esta leyenda. En un escenario de globalización y pérdida de referentes culturales locales, la evocación de El Patetarro conecta a las personas con un pasado comunitario y con la memoria afectiva de la infancia. Según Boym (2001), la nostalgia funciona como una estrategia emocional que busca preservar un sentido de continuidad identitaria frente a la fragmentación cultural. En este sentido, aunque el mito esté ligado a emociones como el miedo o la inquietud, su rememoración actual puede estar impregnada de calidez y añoranza.

En el plano psicológico, la figura del Patetarro puede ser analizada como un arquetipo que condensa elementos de amenaza y misterio. Jung (1964) señalaba que los arquetipos de la sombra, presentes en múltiples culturas, representan lo desconocido y lo reprimido de la psique colectiva. La exageración física del personaje y su capacidad de aparecer en momentos críticos lo convierten en un símbolo proyectivo para canalizar ansiedades comunitarias. Esta función simbólica también se ajusta a lo que Plutchik describe como emociones compuestas, donde el miedo puede combinarse con la sorpresa para generar una respuesta de alerta intensa, útil en contextos de socialización temprana.

En contextos modernos, la evaluación de su impacto emocional revela que, aunque el miedo sigue siendo el núcleo de la experiencia, su función se ha transformado. En ámbitos urbanos, la leyenda se integra a narrativas lúdicas, festivales o producciones artísticas, donde la emoción predominante ya no es la amenaza real, sino la excitación y el disfrute del suspenso controlado, lo que Zillmann (1996) denomina *excitation transfer*. Este cambio implica una resignificación del mito: de herramienta de control social a patrimonio emocional y cultural.

En suma, El Patetarro persiste como un dispositivo narrativo que moviliza un repertorio emocional diverso. Su relato activa el miedo como emoción básica que

protege y cohesiona, despierta respeto por su función normativa, evoca nostalgia en quienes asocian la leyenda con su pasado, y en contextos contemporáneos se adapta para generar emociones de disfrute controlado. Analizado a la luz de la teoría de Plutchik, el mito demuestra que las emociones no solo se viven individualmente, sino que se construyen y reconstruyen socialmente, transformando la función original del relato para responder a nuevas sensibilidades sin perder su potencia simbólica.

MITO Y CATARSIS

La leyenda de El Patetarro, presente en la tradición oral de distintas regiones rurales de Colombia, ocupa un lugar significativo en el imaginario colectivo, no solo como una narración fantástica, sino como un dispositivo simbólico para gestionar emociones profundas vinculadas a los miedos comunitarios. En el ámbito de la psicología cultural, los mitos y leyendas han sido analizados como mecanismos que permiten elaborar colectivamente aquello que, a nivel individual, podría resultar inabordable. Siguiendo a Cassirer (1946), el mito constituye una forma simbólica que dota de sentido a experiencias de incertidumbre y amenaza, y que opera como puente entre la experiencia emocional primaria y su interpretación cultural.

En este sentido, El Patetarro —figura asociada a la persecución, el castigo o la vigilancia nocturna— activa un repertorio emocional que, desde la teoría psicoevolutiva de Robert Plutchik (1980), se articula principalmente en torno al miedo y la anticipación, emociones que generan conductas de evitación y cautela. Plutchik sostiene que las emociones básicas cumplen una función adaptativa: en el caso del miedo, preparar la huida o la protección; en el de la anticipación, permitir la prevención frente a posibles amenazas. La leyenda canaliza estos afectos, transformando el miedo difuso a peligros reales —como depredadores humanos o accidentes en zonas aisladas— en un miedo concreto y culturalmente encarnado en un personaje.

Autores como Mircea Eliade (1963) han señalado que el mito, al repetirse en la narración, no solo conserva su carga emotiva, sino que también estructura una

forma de ritual narrativo que protege la cohesión social. En comunidades rurales, contar historias como la de El Patetarro en reuniones familiares o comunitarias, especialmente a los más jóvenes, funciona como un recordatorio simbólico de normas y límites. Este proceso, desde la perspectiva de Plutchik, representa una reconfiguración de las emociones primarias en patrones de socialización y control conductual, donde el miedo se mezcla con el respeto hacia el orden colectivo.

La función catártica de esta leyenda se hace evidente si se considera que, como plantea Freud (1905), el relato y la repetición de imágenes atemorizantes en un entorno controlado permiten una descarga emocional que reduce la ansiedad asociada a lo desconocido. El Patetarro se convierte así en un intermediario que concentra los temores dispersos —pérdida, abandono, daño físico— en una entidad delimitada y narrable, posibilitando que la comunidad exprese y procese estos sentimientos sin que la amenaza se torne insoportable.

Desde la antropología simbólica, Lévi-Strauss (1958) argumenta que el mito actúa como una mediación entre polos opuestos de la experiencia humana: seguridad e inseguridad, orden y caos, vida y muerte. En este marco, la leyenda de El Patetarro puede entenderse como un dispositivo que domestica lo caótico, transformando los miedos colectivos en una estructura narrativa reconocible. La emoción de temor, al ser compartida y repetida, se estabiliza y se convierte en una herramienta pedagógica y social, más que en un elemento paralizante.

Asimismo, el análisis de Plutchik permite ampliar la comprensión de este fenómeno al señalar que las emociones no se presentan de forma aislada, sino en combinaciones que generan estados afectivos complejos. En el caso de El Patetarro, el miedo se combina con la confianza hacia la comunidad que comparte la historia y con la tristeza vinculada a la pérdida de seguridad en determinados entornos. Esta mezcla emocional propicia un efecto de catarsis: al narrar y escuchar la leyenda, los miembros de la comunidad experimentan y liberan, de manera controlada, sensaciones que en la vida real podrían resultar debilitantes.

Por su parte, Ricoeur (1984) subraya que la narrativa mítica no solo transmite contenidos emocionales, sino que también los reinterpreta y resignifica en cada acto de enunciación. En el caso de El Patetarro, esta resignificación puede implicar adaptaciones locales, cambios en los rasgos del personaje o variaciones en los contextos en que aparece, pero siempre conservando su núcleo emocional: el miedo a lo incierto y la necesidad de cohesión frente a posibles amenazas.

En última instancia, la leyenda de El Patetarro demuestra que el mito no es un simple entretenimiento, sino un mecanismo cultural para procesar emociones colectivas complejas. El relato concentra miedos, los transforma en símbolos y los canaliza mediante una experiencia compartida que fortalece la identidad comunitaria. Desde Plutchik, este proceso implica la activación, modulación y liberación de emociones básicas que, al integrarse en la memoria colectiva, se convierten en un recurso psicológico y social. Así, la figura del Patetarro, más allá de su forma grotesca o intimidante, se erige como un testimonio vivo de cómo las comunidades convierten sus temores en relatos que, al circular, protegen, enseñan y cohesionan.

POTENCIAL ECONÓMICO Y TURÍSTICO

VALOR TURÍSTICO DEL PATETARRO

La leyenda del Patetarro, enraizada en las tradiciones orales de ciertas regiones de Colombia, se erige como un elemento cultural con un potencial económico y turístico aún subexplotado. Este mito, caracterizado por la figura de un ser monstruoso con rasgos desproporcionados que acecha a desprevenidos caminantes nocturnos, forma parte del acervo narrativo que ha configurado la identidad rural y las memorias colectivas de comunidades enteras. En términos de capital cultural, siguiendo a Bourdieu (1986), este relato posee un valor simbólico que, correctamente gestionado, puede transformarse en capital económico mediante la promoción turística y patrimonial. La preservación y difusión de este tipo de narrativas constituyen no solo un acto de resistencia cultural frente a la homogeneización global, sino también una oportunidad para dinamizar economías locales a través del turismo experiencial y la valorización de la cultura viva.

Desde la perspectiva del turismo cultural, el Patetarro podría insertarse en circuitos de narrativas legendarias y rutas patrimoniales que articulen historia, tradición y comercio local. La UNESCO (2003) ha reconocido que las expresiones culturales inmateriales, entre ellas las leyendas y mitos, pueden convertirse en motores de desarrollo si se promueve su transmisión intergeneracional y su integración en estrategias sostenibles de turismo. En este sentido, la leyenda no debe ser reducida a un simple producto de consumo, sino transformada en un elemento narrativo que fortalezca la identidad y la cohesión social, al tiempo que genera flujos económicos en territorios frecuentemente marginados de los grandes polos turísticos.

No obstante, la inserción de la leyenda en el mercado turístico plantea interrogantes sobre la mercantilización de la cultura. Harvey (2007) advierte que el capital tiende a apropiarse de los símbolos culturales para transformarlos en mercancías, lo que puede generar una pérdida de autenticidad y un vaciamiento de sentido en las

manifestaciones originarias. Esta tensión entre preservación y explotación económica se manifiesta con particular intensidad en contextos donde las comunidades locales no participan de manera activa en la gestión y en los beneficios del turismo cultural. Así, la acumulación de capital derivada del uso del mito solo adquiere legitimidad si es redistribuida de manera equitativa, fortaleciendo el tejido social y no reproduciendo desigualdades históricas.

Desde el enfoque de la economía de la cultura, Throsby (2001) plantea que el valor cultural y el valor económico no son excluyentes, pero su interacción requiere de políticas públicas que garanticen la sostenibilidad y la integridad de las manifestaciones culturales. Aplicado al caso del Patetarro, esto implica que su promoción turística debería incluir no solo actividades comerciales como ferias, festivales o rutas guiadas, sino también procesos de documentación, investigación y educación comunitaria que fortalezcan el sentido de pertenencia y eviten la descontextualización del mito. La infraestructura turística asociada podría generar empleos, incentivar el consumo de productos locales y abrir espacios para la innovación creativa, desde representaciones teatrales hasta artesanías alusivas al personaje.

En el plano simbólico, el Patetarro también representa un recurso narrativo que dialoga con el imaginario del miedo como experiencia colectiva. Al integrarse en circuitos turísticos, se transforma en un escenario donde la emoción se convierte en un activo económico. Según Pine y Gilmore (1999), la economía de la experiencia se basa en la capacidad de generar sensaciones memorables; en este caso, el mito ofrece un guion natural para crear experiencias inmersivas que, además de atraer visitantes, fortalecen la relación entre comunidad y territorio. La clave radica en que dichas experiencias sean diseñadas y gestionadas de manera participativa, evitando que el capital generado se concentre en manos externas y ajenas al contexto cultural.

Asimismo, el aprovechamiento turístico de la leyenda debe reconocer la dimensión patrimonial que la sustenta. La Convención para la Salvaguardia del Patrimonio

Cultural Inmaterial (UNESCO, 2003) subraya la importancia de mantener vivas las prácticas culturales, asegurando su transmisión y evitando su banalización. El reto, por tanto, es lograr que el turismo no diluya el relato original, sino que lo revitalice, otorgándole nuevos significados y usos que enriquezcan tanto a visitantes como a portadores de la tradición. Ello requiere una planificación estratégica que articule iniciativas locales, inversión pública y alianzas con el sector privado, siempre bajo principios de equidad y sostenibilidad.

En síntesis, la leyenda del Patetarro posee un doble valor: como elemento identitario que conserva las memorias y cosmovisiones de una comunidad, y como activo económico susceptible de generar ingresos a través del turismo cultural y patrimonial. Su incorporación en estrategias de desarrollo local puede contribuir a la acumulación de capital económico y social, siempre que se evite la mercantilización descontrolada y se promueva la participación comunitaria. De este modo, la figura del Patetarro no solo persiste como un relato que alimenta el imaginario colectivo, sino que se convierte en un puente entre tradición y modernidad, en el que la economía y la cultura se retroalimentan para dar vida a un patrimonio que se reinventa sin perder sus raíces.

PATRIMONIO Y MERCADO CULTURAL

La leyenda de El Patetarro, inscrita en el acervo oral del folclore colombiano, constituye un ejemplo representativo de cómo los relatos míticos, tradicionalmente ligados a la memoria colectiva y a la cosmovisión rural, pueden adquirir un potencial económico y turístico a través de su resignificación como producto cultural. Este mito, caracterizado por su vínculo con el imaginario campesino y por su función de advertencia moral, ha comenzado a transitar desde el ámbito de la tradición oral hacia un espacio de consumo cultural en el que se generan bienes y servicios asociados. La literatura especializada reconoce que las narrativas locales, cuando se articulan con estrategias de valorización patrimonial, pueden insertarse en circuitos económicos que fomentan el desarrollo territorial (Prats, 1997; Smith, 2006).

En el caso colombiano, la emergencia de festivales, ferias artesanales, publicaciones y representaciones artísticas vinculadas a leyendas como El Patetarro se inscribe dentro de un proceso de patrimonialización que, según Kirshenblatt-Gimblett (1998), convierte la cultura en una “fuente de producción” capaz de generar rentabilidad económica. A través de la creación de artesanías temáticas, obras literarias infantiles y eventos escénicos, el mito deja de ser únicamente un vehículo de transmisión cultural y se transforma en un motor de producción simbólica susceptible de ser mercantilizado. Estos productos no solo amplían las posibilidades de ingreso para las comunidades locales, sino que también configuran un atractivo diferenciado frente a la oferta turística convencional.

El desarrollo de productos culturales basados en El Patetarro responde a una lógica que Bourdieu (1986) denomina acumulación de capital simbólico, en la medida en que el valor económico de estos bienes está mediado por su reconocimiento cultural y por la autenticidad percibida por el consumidor. En este sentido, el mito se convierte en un recurso estratégico para la economía creativa, donde el relato tradicional se reinterpreta y adapta a nuevos formatos comerciales sin perder su referencia identitaria. Este fenómeno se relaciona con lo que Appadurai (1996) denomina “mercantilización de la cultura”, en la que los bienes simbólicos se integran a flujos de mercado global, aunque en este caso, anclados a un contexto territorial específico que potencia el turismo cultural.

El rol de festivales y celebraciones temáticas es central en esta dinámica. Siguiendo a Richards (2018), los eventos culturales que se fundamentan en mitos y leyendas actúan como catalizadores de redes de intercambio económico, movilizando tanto actores locales como visitantes nacionales e internacionales. Estas festividades no solo ofrecen espectáculos y representaciones teatrales del personaje, sino que articulan una cadena de valor en la que participan artesanos, músicos, narradores orales y productores de material editorial. La producción de artesanías con iconografía de El Patetarro, por ejemplo, permite preservar técnicas tradicionales de talla y tejido, al tiempo que se generan ingresos y empleo en comunidades con economías limitadas.

La elaboración de libros y material educativo sobre El Patetarro, tanto para el público infantil como para el adulto, amplía la presencia del mito más allá de los espacios festivos. Según Yúdice (2003), la “utilidad de la cultura” en contextos de globalización reside en su capacidad para ser un recurso de desarrollo social y económico. Al convertirse en tema de obras impresas, ilustradas y audiovisuales, el mito adquiere una circulación más amplia, llegando a circuitos de distribución escolar, turística y editorial. Esto refuerza la doble función del relato: como elemento de identidad cultural y como activo económico que contribuye a la diversificación productiva local.

El proceso de comercialización del mito plantea, sin embargo, interrogantes sobre los límites entre preservación y explotación cultural. Mientras algunos autores como Hobsbawm y Ranger (1983) advierten sobre la “invención de tradiciones” que pueden distorsionar los significados originales, otros, como García Canclini (1990), resaltan la capacidad de las culturas populares para adaptarse y negociar su inserción en la economía de mercado sin perder legitimidad. En el caso de El Patetarro, esta tensión se expresa en la necesidad de mantener la integridad narrativa del mito, evitando su banalización, mientras se exploran nuevas posibilidades de valorización económica.

Desde una perspectiva teórica de la acumulación de capital, la explotación turística y comercial de El Patetarro puede entenderse como una forma de capitalización cultural que combina el valor de uso (como portador de identidad y memoria) y el valor de cambio (como bien susceptible de ser vendido). Esta dualidad, observada por Marx (1867) en su análisis del valor, se hace evidente en la transición del mito desde un bien intangible transmitido oralmente a un conjunto de bienes materiales e inmateriales integrados en cadenas de producción y consumo.

En síntesis, la leyenda de El Patetarro, en su tránsito hacia el mercado cultural, ejemplifica la capacidad de un mito local para convertirse en un recurso económico y turístico articulado con estrategias de desarrollo patrimonial. Su potencial se manifiesta en la generación de productos culturales diversificados —artesanías,

libros, festivales— que fomentan tanto la preservación de saberes como la dinamización de economías locales. No obstante, este aprovechamiento exige un equilibrio crítico entre la autenticidad y la mercantilización, reconociendo que la acumulación de capital cultural y simbólico solo será sostenible si se mantiene el vínculo entre el relato, la comunidad que lo sustenta y el territorio que le da sentido. El reto radica en comprender que el valor del mito no solo reside en su capacidad de generar ingresos, sino en su función como eje articulador de identidades, memorias y proyectos colectivos que dialogan con las dinámicas del mercado sin perder su raíz cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai, A. (1996). *Modernity at large: Cultural dimensions of globalization*. University of Minnesota Press.
- Arango, J., & López, C. (2019). Patrimonio cultural inmaterial y turismo: retos para Colombia. *Revista Turismo y Sociedad*, 24, 15-34.
- Banco Mundial. (2020). *Economía naranja: una oportunidad infinita*. Banco Mundial.
- Bartra, R. (2006). *Antropología del mito*. Fondo de Cultura Económica.
- Baudrillard, J. (1981). *Simulacres et simulation*. Éditions Galilée.
- Bourdieu, P. (1986). *The forms of capital*. In J. Richardson (Ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241–258). Greenwood Press.
- Bruner, E. M. (2005). *Culture on tour: Ethnographies of travel*. University of Chicago Press.
- Cárdenas, M., & Reina, M. (2004). El turismo cultural en Colombia: oportunidades y desafíos. *Revista de Economía del Rosario*, 7(1), 51-74.
- Caro, C. (2020). Leyendas colombianas y su rol en la identidad territorial. *Cuadernos de Literatura*, 24(48), 173-192.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2022). *Economía creativa y desarrollo sostenible*. CEPAL.
- Congreso de la República de Colombia. (2008). *Ley 1185 de 2008 por la cual se modifica y adiciona la Ley General de Cultura*. Diario Oficial.
- Correa, H. (2018). El mito como recurso turístico: estudio de caso en Colombia. *Revista Estudios y Perspectivas en Turismo*, 27(2), 345-362.
- Cruz, R. (2017). Mito, cultura y economía: una mirada desde América Latina. *Revista de Ciencias Sociales*, 23(1), 55-71.
- De la Torre, O. (2015). Patrimonio cultural inmaterial y turismo sostenible. *Anales de Antropología*, 49(1), 149-170.
- Durkheim, É. (1912). *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. Presses Universitaires de France.

- Escobar, A. (2005). *Más allá del Tercer Mundo: globalización y diferencia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Fernández, C. (2019). Turismo y mercantilización cultural en comunidades rurales. *Revista Estudios Sociales*, 67, 45-62.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo.
- Getino, O. (2002). *Economía de la cultura y el audiovisual en América Latina*. Convenio Andrés Bello.
- Giddens, A. (1991). *Modernity and self-identity*. Polity Press.
- Hall, S. (1997). *Representation: Cultural representations and signifying practices*. Sage.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Akal.
- Hernández, J., & Pineda, R. (2016). Economía creativa y desarrollo local en Colombia. *Revista Economía y Región*, 10(1), 125-148.
- Hobsbawm, E., & Ranger, T. (1983). *The invention of tradition*. Cambridge University Press.
- Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). (2021). *Leyendas y mitos de Colombia: Patrimonio inmaterial*. ICANH.
- Jiménez, M. (2022). Turismo patrimonial y economía local en contextos rurales. *Revista Turismo, Cultura y Desarrollo*, 15(3), 98-116.
- Kearney, M. (1995). The local and the global: The anthropology of globalization and transnationalism. *Annual Review of Anthropology*, 24, 547-565.
- Krippendorf, J. (1987). *The holiday makers*. Butterworth-Heinemann.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- León, F. (2018). Capital cultural y patrimonio inmaterial: interacciones y tensiones. *Revista Patrimonio Cultural*, 4(2), 77-94.
- López, A. (2015). Turismo cultural y folklore: dinámicas económicas y culturales. *Revista Latinoamericana de Estudios Turísticos*, 10(1), 34-52.
- MacCannell, D. (1976). *The tourist: A new theory of the leisure class*. Schocken Books.

- Ministerio de Cultura de Colombia. (2019). *Estrategia nacional para el patrimonio cultural inmaterial*. MinCultura.
- Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (2003). *Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial*. UNESCO.
- Naciones Unidas. (2015). *Objetivos de Desarrollo Sostenible*. ONU.
- Organización Mundial del Turismo (OMT). (2018). *Turismo y patrimonio cultural inmaterial*. OMT.
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica.
- Pine, B. J., & Gilmore, J. H. (1999). *The experience economy*. Harvard Business Review Press.
- Polanyi, K. (1944). *The great transformation*. Farrar & Rinehart.
- Porter, M. (1990). *The competitive advantage of nations*. Free Press.
- Quintero, M. (2014). Patrimonio cultural y acumulación de capital. *Revista de Antropología Social*, 23(1), 67-83.
- Ricoeur, P. (1983). *Temps et récit*. Éditions du Seuil.
- Rodríguez, L. (2020). La economía de la leyenda: del mito al producto cultural. *Revista Cultural de Colombia*, 12(4), 45-60.
- Sachs, J. (2015). *The age of sustainable development*. Columbia University Press.
- Sassen, S. (2007). *A sociology of globalization*. W.W. Norton.
- Sen, A. (1999). *Development as freedom*. Oxford University Press.
- Smith, L. (2006). *Uses of heritage*. Routledge.
- Stiglitz, J. E. (2002). *Globalization and its discontents*. W.W. Norton.
- Tylor, E. B. (1871). *Primitive culture*. John Murray.
- Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura*. Gedisa.

FRANCISCO FABIANY MOLINA BUSTOS
MAGISTER EN TERRITORIO, CONFLLICTO Y CULTURA

Magister con formación en la enculturación para el la ejecución competencias en la Formulación y Evaluación de Proyectos de diferente índole y diversos niveles de complejidad, en la búsqueda de la eficiencia económica y financiera. Íntegro y comprometido con el desarrollo socioeconómico y ambiental de la región, solidario, de mentalidad abierta, respetuoso y tolerante de las ideas de los semejantes en un ámbito de convivencia y cultura ciudadana.

Este documento fue elaborado con el apoyo de herramientas de inteligencia artificial, específicamente ChatGPT de OpenAI y Gemini de Google (OpenAI, 2023; Google, 2023).

@EDUKIVOTOS